



El Avaro

Molière



pehuén

PERSONAJES

HARPAGON, padre de Cléante y de Elisa, y pretendiente de Mariana

CLEANTE, hijo de Harpagón y enamorado de Mariana

ELISA, hija de Harpagón y enamorada de Valerio

VALERIO, hijo de Anselmo y enamorado de Elisa

MARIANA, enamorada de Cléante y pretendida de Harpagón

ANSELMO, padre de Valerio y Mariana

FROSINE, mujer intrigante

MAESE SIMON, agente

MAESE JACOBO, cocinero y cochero de Harpagón

LA FLECHE, criado de Cléante

SEÑORA CLAUDIA, criada de Harpagón

BRINDAVOINE y LA MERLUCHE, lacayos de Harpagón

COMISARIO y su AMANUENSE

Toda la acción se desarrolla en los salones de la casa de Harpagón.

ACTO PRIMERO

Escena I Valerio, Elisa

VALERIO:

¿Te sientes triste, encantadora Elisa, después de las amables promesas de amor que me has hecho? En medio de mi alegría, ¡ay!, te veo suspirar. Dime, ¿es que te pesa haberme hecho dichoso, es que te arrepientes de esta promesa de matrimonio a la que mi pasión no te ha obligado?

ELISA:

No, Valerio, no me arrepiento de nada de lo que hago por ti. Me siento movida por un poder tan grato, que ni siquiera tengo fuerzas para desear que las cosas no hayan sido así. A decir verdad, me inquieta el triunfo, y mucho me temo que te amo más de lo que debiera.

VALERIO:

¿Qué puedes temer de las bondades que has tenido para mí?

ELISA:

¡Ay!, mil cosas a la vez. La cólera de mi padre, los reproches de la familia, las censuras del mundo y, más que todo, Valerio, la mudanza de tu corazón, y esa frialdad cruel con que los hombres pagan la mayoría de las veces las manifestaciones demasiado ardientes de un amor puro.

VALERIO:

No seas injusta conmigo. No me juzgues por los demás. Sospecha todo de mí, menos que no te corresponderé como se debe. Te

amo demasiado y mi amor por ti durará mientras me quede un soplo de vida, la cual te pertenece.

ELISA:

¡Ah, Valerio, todos dicen lo mismo! Todos los hombres se parecen por las palabras; pero son sus acciones las que descubren quiénes son diferentes.

VALERIO:

Puesto que sólo las acciones dan a conocer lo que somos, espera al menos juzgar por ellas a mi corazón y no busques faltas en los injustos temores del futuro. No me mates, te lo ruego, con los golpes dolorosos de un recelo ultrajante y date tiempo para convencerte, con mil y una pruebas, de la honradez de mis intenciones.

ELISA:

¡Con qué facilidad nos dejamos convencer por los que amamos! Sí, Valerio, creo que tu corazón es incapaz de engañarme. Creo que me amas de verdad y que me serás fiel. De ello no quiero dudar, pues la causa de mi pena está en el temor a la reprobación que puedan hacerme.

VALERIO:

¿Y por qué tienes esa inquietud?

ELISA:

Nada temería si todos te viesan con mis ojos. Encuentro en tu persona la causa de las cosas que hago por ti. Para defenderse, mi corazón tiene todo tu mérito, fundado con el auxilio de una gratitud que la Providencia me manda que te tenga. A todas horas se me aparece aquel riesgo pasmoso que hizo que nos miráramos la primera vez; aquella sorprendente nobleza que te hizo arriesgar

tu vida para salvar la mía de las furias de las olas; aquellos tiernos cuidados que me prodigaste después de haberme rescatado del agua y los constantes homenajes de ese apasionado amor que ni las dificultades ni el tiempo han podido desalentar, que te mueve a hacer poco caso de tus padres y de la patria; que detiene tus pasos aquí, que en mi favor ha disfrazado tu fortuna y para poder verme te ha reducido a ejercer el oficio y vestir la librea de criado de mi padre. Sin duda que todo esto provoca en mí un efecto prodigioso y basta para justificar a mis ojos la palabra que te he dado, pero quizás no baste para justificarla ante otros, y no estoy segura de que sean del mismo parecer.

VALERIO:

Con mi amor tan sólo pretendo merecer de ti alguna cosa de todas las que me has dicho. En cuanto a los escrúpulos que tienes, tu propio padre pone gran empeño en justificarte ante todos; su excesiva avaricia y la sobriedad con que viven él y sus hijos podrían permitir cosas más extrañas. Perdóname, hermosa Elisa, si te hablo así. Tú sabes que no se puede hablar bien de esto. Pero en fin, si puedo, como espero, encontrar bien a mis padres, no nos costará mucho trabajo conseguir su voluntad. Aguardo con impaciencia las noticias y voy a ir yo mismo a buscarlas si demoran demasiado en llegar.

ELISA:

No te muevas de aquí, Valerio, te lo suplico. Piensa solamente en avenirte con mi padre.

VALERIO:

Ya ves lo que hago e intento, y las hábiles complacencias que he tenido que usar para entrar a servirle; con qué máscara de estima y de similitud de pareceres me disfrazo para serle grato; qué personaje interpreto con él todos los días para ganarme su afecto.

En esto hago adelantos admirables y veo que para ganarme el afecto y la voluntad de las personas, no hay nada mejor que aparecer ante sus ojos como teniendo sus mismos gustos, que pensar como piensan ellas, y alabar sus defectos y las cosas que hacen. No se debe tener miedo de exagerar la complacencia, pues aun si es evidente la manera en que se burlan de ellas, las que se creen más listas son las más engañadas por la adulación. Si seazona con alabanzas, no hay nada impertinente ni ridículo que no se les haga tragar. La franqueza y la sinceridad sufren un poco en el oficio que yo ejerzo; pero cuando se necesita de los hombres, es necesario acomodarse a ellos, y ya que sólo de este modo se puede conseguir algo, la culpa no es de los que adulan, sino de los que quieren ser adulados.

ELISA:

¿Por qué no intentas también lograr ayuda de mi hermano, en caso de que a la criada se le ocurriese revelar nuestro secreto?

VALERIO:

No se puede usar bien lo uno y lo otro, y como la condición de padre y de hijo son tan contrarias, es difícil adaptar esas dos confianzas una a otra. Pero tú, por tu parte, habla con tu hermano y válete del afecto que se tienen para que nos favorezca. Me retiro, porque ahí viene él. Aprovecha este momento para hablarle y no le descubras de lo nuestro más de lo que creas necesario.

ELISA:

No sé si tendré el valor suficiente para hacerle esta confianza.

Escena II

Cléante, Elisa

CLEANTE:

Me alegro de encontrarte sola, hermana. Tenía tantas ganas de hablar contigo para revelarte un secreto.

ELISA:

Estoy dispuesta a oírte, hermano. ¿Qué tienes que decirme?

CLEANTE:

Muchas cosas que se encierran en una sola palabra: amo.

ELISA:

¿Amas?

CLEANTE:

Sí, amo. Pero antes de contarte más, sé que dependo de mi padre y que el ser su hijo me sujeta a hacer su voluntad. No debo contraer compromiso matrimonial sin el consentimiento de los que me han dado el ser. Que Dios les hace señores de mi amor, y que no se me permite disponer de él sino con su licencia. Que por no estar dominados por ninguna insensata pasión, se hallan en condiciones de engañarse mucho menos que nosotros y de ver mucho mejor lo que nos pertenece. Que hay que creer más en las luces de la prudencia, que no en la ceguera de nuestra pasión, y que los arrebatos de la juventud nos arrastran la mayoría de las veces a precipicios sin fin. Te digo todo esto, hermana, para que no te tomes el trabajo de decírmelo tú, porque, en fin, mi amor nada quiere escuchar, y te ruego que no me hagas reconvenciones.

ELISA:

¿Ya le diste palabra de casamiento a la persona que amas?

CLEANTE:

No, pero estoy decidido a hacerlo y te suplico una vez más que no intentes disuadirme.

ELISA:

¿Tan rara soy, hermano?

CLEANTE:

No, pero tú no amas. Ignoras la dulce fuerza que un tiempo amor hace en nuestros corazones, y le temo a tu prudencia.

ELISA:

¡Ay, hermano, no hablemos de mí prudencia! ¡A todos les falta, al menos una vez en la vida! Y si te abriese mi pecho, bien pudiera ser que, a tus ojos, fuese menos prudente que tú.

CLEANTE:

Pediría al Cielo que tu alma, como la mía...

ELISA:

Terminemos antes con lo tuyo y dime a quién amas.

CLEANTE:

A una joven que vive, desde hace poco tiempo, en estos barrios, y que parece haber nacido para dar amor a cuantos la ven. La naturaleza, hermana mía, nada ha hecho más amable, y yo me sentí arrebatado desde el momento en que la vi. Se llama Mariana y vive en compañía de su madre, una buena señora que está casi siempre enferma, a quien ella profesa sentimientos de afecto que no pueden imaginarse. Ella la sirve, la compadece, la consuela con una ternura que te conmovería el alma. Todo lo hace de la manera más encantadora del mundo. Se ven brillar mil gracias en

todas sus acciones: una dulzura llena de atractivos, una bondad complaciente, una honestidad admirable, una... ¡Ah, hermana, me gustaría que la conocieras!

ELISA:

Mucho la conozco ya por lo que me cuentas, y para comprender lo que es me basta con que tú la ames.

CLEANTE:

Confidencialmente me he enterado de que su hacienda* es poca y que aun con su discreta administración, apenas le alcanza para satisfacer sus necesidades. Figúrate la alegría que debe sentirse si se puede dar mejor fortuna a la persona amada, entregando hábilmente alguna ayuda a las modestas necesidades de una familia virtuosa. Imagínate el descontento que me causa ver que por la avaricia de mi padre no pueda yo dar a esa hermosa niña pruebas de mi amor.

ELISA:

Comprendo tu pena, hermano.

CLEANTE:

Es más grande lo que pudiera creerse! Porque, en fin, no hay nada más cruel que este ahorro riguroso que él nos impone, que esta sequía extraña que hace que nos marchitemos. ¡Y de qué nos valdrá tener hacienda si ésta nos llega cuando ya no estemos a tiempo para disfrutarla? ¿Si yo, no más que para sustentarme es necesario que me empeñe en todas partes, si estoy reducido contigo a buscar todos los días la ayuda de mercaderes para tener medios con qué vivir decentemente? En fin, he querido hablarte para que me ayudes a sondear el ánimo de mi padre respecto de

*Hacienda: Cúmulo de bienes y riquezas que posee una persona.

los sentimientos que me inspira esa niña, y, si viese que él se opone, estoy decidido a ir a otros lugares con mi amada a gozar de la fortuna que la Providencia quiera ofrecernos. Con este propósito tomo dinero a préstamo en donde puedo y si tus negocios, hermana, fueran semejantes a los míos y fuese necesario que mi padre se opusiera a nuestros deseos, le podríamos dejar los dos y nos libraríamos así de la tiranía en que nos tiene desde hace tanto tiempo. Su avaricia es insoportable.

ELISA:

Bien cierto es que todos los días nos da más motivo para llorar la muerte de nuestra madre y que...

CLEANTE:

Oigo su voz. Alejémonos un poco para terminar de hablar. Después uniremos nuestras fuerzas para venir a luchar contra su corazón de piedra.

Escena III Harpagón, La Flèche.

HARPAGON:

¡Sal de aquí ahora mismo! ¡Y no me repliques! Sal corriendo, ladrón, carne de horca.

LA FLECHE:

No he visto nada peor que este maldito viejo. Creo que tiene el diablo en el cuerpo.

HARPAGON:

¿Qué murmuras?

LA FLECHE:

¿Por qué me echa?

HARPAGON:

¿Y tienes el descaro, granuja, de preguntarme los motivos? Andate pronto, si no quieres que te dé una paliza.

LA FLECHE:

Pero, ¿qué he hecho?

HARPAGON:

Has provocado que quiera que te vayas.

LA FLECHE:

Mi amo: su hijo me ha mandado que le espere.

HARPAGON:

Espéralo en la calle. No estés en mi casa plantado, derecho como un poste, para ver lo que pasa y sacar provecho para ti. No quiero tener todo el tiempo delante mío a un espía de mis cosas, a un traidor que, con ojos malditos, asedia todos mis acciones, devora cuanto poseo y husmea en todas partes para saber si hay algo que pueda ser tomado.

LA FLECHE:

¿Cómo diablos quiere que uno se las ingenie para robarle? ¿Es acaso hombre al cual se le pueda robar quien encierra y esconde todo, haciendo de centinela noche y día?

HARPAGON:

Escondo lo que me parece bien y hago de centinela cuando quiero. Miren qué gente que se va de lengua tengo, que observan lo que se hace. Tiemblo de que haya sospechado algo de mi dinero. ¿Serías capaz de hacer correr la voz de que tengo dinero escondido en mi casa?

LA FLECHE:

¿Tiene algún dinero escondido?

HARPAGON:

No, bribón, no he dicho eso. (*Aparte*). Me da una rabia... Me pregunto si, maliciosamente, irás a contar que lo tengo...

LA FLECHE:

¡Que lo tenga o no, qué no importa, si para nosotros da lo mismo!

HARPAGON:

Eres un contestador. Te curaré de este vicio a palos. (*Alza la mano para darle una bofetada*). Te vuelvo a decir que te marches.

LA FLECHE:

¡Ya me voy!

HARPAGON:

Espera... ¿No te llevas nada?

LA FLECHE:

¿Y qué podría llevarme?

HARPAGON:

Ven acá, que te vea. Muéstrame las manos.

LA FLECHE:

Mírelas.

HARPAGON:

Las otras.

LA FLECHE:

¿Las otras?

HARPAGON:
Sí.

LA FLECHE:
Mírelas.

HARPAGON:
¿No te has metido nada ahí dentro?

LA FLECHE:
Mírelo usted mismo.

HARPAGON:
(Hurgándole en los fondillos de las calzas)*: Estas medias calzas podrían esconder cosas robadas. Me gustaría que hubiesen ahorcado a algún ladrón.

LA FLECHE *(Aparte)*:
Un hombre como éste merecería que le pasase lo que tanto teme.
¡Lo que me alegraría poder robarle algo!

HARPAGON:
¿Eh?

LA FLECHE:
¿Qué?

HARPAGON:
¿Qué has dicho de robar?

LA FLECHE:

*Calzas: Vestidura que cubría el muslo y la pierna.

He dicho que me registre bien para ver si le he robado.

HARPAGON:
Eso voy a hacer. *(Registra los bolsillos de La Flèche)*.

LA FLECHE:
Que la mala peste se lleve a la avaricia y a los avariciosos.

HARPAGON:
¿Qué has dicho?

LA FLECHE:
¿Qué he dicho?

HARPAGON:
Sí. ¿Que has dicho de la avaricia y los avariciosos?

LA FLECHE:
Que la mala peste se lleve a la avaricia y los avariciosos.

HARPAGON:
¿De quién hablas?

LA FLECHE:
De los avariciosos.

HARPAGON:
¿Y quiénes son esos avariciosos, si puede saberse?

LA FLECHE:
Unos roñosos, unos despreciables tacaños.

HARPAGON:

¿Qué entiendes tú por eso?

LA FLECHE:

No se preocupe.

HARPAGON:

Me preocupo de lo que es necesario.

LA FLECHE:

¿Cree que hablo de usted?

HARPAGON:

Creo lo que creo; pero quiero que me digas de quién hablas cuando dices eso.

LA FLECHE:

Hablo..., hablo al cuello de mi camisa.

HARPAGON:

Y yo le podría hablar a tu birrete*.

LA FLECHE:

¿Me impedirá usted que maldiga a los avaros?

HARPAGON:

No. Pero te impediré cotorrear y ser insolente.

LA FLECHE:

A nadie nombro.

HARPAGON:

*Birrete: Gorro de forma prismática.

Si sigues hablando, te daré una tanda de palos.

LA FLECHE:

Quien se pica, ajos come.

HARPAGON:

¿Te vas a callar de una vez?

LA FLECHE:

A pesar mío.

HARPAGON:

¡Ah! ¡Ah!

LA FLECHE (*Mostrándole uno de los bolsillos de su jubón*):

Aquí tiene otro bolsillo. ¿Está contento?

HARPAGON:

Vamos, devuélvemelo sin que te registre.

LA FLECHE:

¿Qué?

HARPAGON:

Lo que me has quitado.

LA FLECHE:

No le he quitado nada.

HARPAGON:

¿Dices la verdad?

LA FLECHE:

No miento.

HARPAGON:

¡Vete con todos los diablos!

LA FLECHE:

Veo que me despiden bastante bien.

HARPAGON:

Este pillo de criado me molesta no poco. No me agrada ver a este cojo. (*Sale La Flèche*).

Nada, padre.

HARPAGON:

¿Hace mucho que están ahí?

ELISA:

Solamente desde hace un momento.

HARPAGON:

¿Han oído?

CLEANTE:

¿Oído qué?

HARPAGON:

Lo...

ELISA:

¿Lo qué?

HARPAGON:

Lo que he dicho hace un momento.

CLEANTE:

No.

HARPAGON:

Lo han oído, lo han oído.

ELISA:

Perdóneme...

HARPAGON:

Bien veo que han oído algunas palabras. Hablaba solo y me decía

Escena IV Elisa, Cléante, Harpagón

HARPAGON:

Cierto que no es fácil guardar en casa una cantidad grande de dinero. Dichoso quien tiene la hacienda bien colocada y no se queda más que con lo justo para los gastos. Cuesta no poco hallar un escondrijo seguro en toda la casa. A mí las cajas de caudales me parecen sospechosas, no me confío de ellas. Las considero un cebo que atrae a los ladrones, pues es la primera cosa a la que acuden. De todas maneras, no sé si habré hecho bien enterrando en el jardín diez mil escudos que me devolvieron ayer. Diez mil escudos en oro son una cantidad bastante... (*Aparecen los hermanos hablando en voz baja*). ¡Dios mío! He revelado... Creo que he dicho en voz alta lo que hablaba para mí... ¿Qué hay?

CLEANTE:

lo mucho que cuesta hoy encontrar dinero, y que es muy dichoso el que puede tener diez mil escudos de oro en su casa.

CLEANTE:

Queríamos hablarle y teníamos miedo de interrumpirle...

HARPAGON:

Me alegro de poder decirles esto para que no entiendan las cosas al revés y se imaginen que digo que soy yo el que tengo diez mil escudos.

CLEANTE:

No nos metemos en sus cosas.

HARPAGON:

¡Rogaría a Dios por tener diez mil escudos!

CLEANTE:

No creo...

HARPAGON:

Sería un buen negocio para mí.

ELISA:

Estas son cosas...

HARPAGON:

Los necesitaría.

CLEANTE:

Me figuro...

HARPAGON:

Me vendrían muy bien.

ELISA:

Usted...

HARPAGON:

Y no me quejaría, como lo hago cuando los tiempos son malos.

CLEANTE:

¡Dios mío, padre! No tiene motivo de quejarse. Se sabe que usted tiene bastante hacienda.

HARPAGON:

¡¡Cómo!! ¿¡Que tengo bastante hacienda!? Los que dicen eso han mentido. Nada más falso. Son unos pillos los que hacen correr esas falsedades.

ELISA:

No se enfade.

HARPAGON:

Es extraño. Hasta mis hijos se venden y se hacen enemigos míos.

CLEANTE:

Decir que tiene hacienda, ¿es ser enemigo suyo?

HARPAGON:

Sí. Tales discursos y los gastos que ustedes hacen serán la causa de que uno de estos días vengan a cortarme la yugular, pensando que estoy forrado en pistolas*.

CLEANTE:

¿Qué gastos hago yo?

HARPAGON:

¿Qué gastos? ¿Hay algo tan escandaloso como ese suntuoso carruaje en que te paseas por la ciudad? Ayer reprendí a tu hermana, pero esto es aún peor. ¡Clama venganza al Cielo! Incluso si te tomaran de pies a cabeza, no valdría ni para reparar los perjuicios. Se los he dicho mil veces. Aparentan de marqueses, y para ir vestidos así es necesario que me roben.

CLEANTE:

¿Robarle?

HARPAGON:

¡Qué sé yo! ¿De dónde sacas el dinero para el lujo que gastas?

CLEANTE:

¿De dónde? Del juego, y como soy muy afortunado, gasto en mí todo lo que gano.

HARPAGON:

Muy mal hecho. Si eres afortunado en el juego, debieras aprovecharlo y colocar el dinero que ganas a honrado interés, para encontrarlo algún día. Quisiera saber, sin hablar de lo demás, de qué sirven todas esas cintas con que te adornas, y si no basta media docena de agujetas para ajustar unas medias calzas. ¿Es necesario emplear dinero en pelucas, cuando se tiene cabello que le crece a uno y que nada cuesta? Apuesto a que hay más de veinte pistolas en cintas y pelucas, y veinte pistolas colocadas al doce por ciento, tan solamente, rinden al año dieciocho libras, seis sueldos y ocho dineros.

*Pistolas: Moneda antigua.

CLEANTE:

Tiene razón.

HARPAGON:

Dejemos esto y hablemos de otra cosa. Veo que se hacen señas el uno al otro. ¿Qué quieren decir con esos gestos?

ELISA:

Discutíamos, mi hermano y yo, acerca de quién será el primero en hablarle.

CLEANTE:

Deseamos, padre, hablarle de casamiento.

HARPAGON:

Y yo también quiero hablarles de lo mismo.

ELISA:

¡Padre!

HARPAGON:

¿Por qué ese grito? ¿Qué te da miedo, hija, la palabra o la cosa?

CLEANTE:

El casamiento puede darnos miedo a los dos, según la manera como lo entienda usted. Tememos que las personas que amamos no sean de su agrado.

HARPAGON:

Un poco de paciencia. Sé lo que les conviene a los dos y no tendrán razón de quejarse por lo que me propongo hacer. Y para comenzar por el final: ¿conocen a una joven que se llama Mariana y que vive

no lejos de aquí?

CLEANTE:

Sí, padre.

HARPAGON:

¿Y tú?

ELISA:

He oído hablar de ella.

HARPAGON:

¿Qué te parece esa joven hijo?

CLEANTE:

Encantadora.

HARPAGON:

¿Su rostro?

CLEANTE:

De persona honesta y de mucha inteligencia.

HARPAGON:

¿Sus modales?

CLEANTE:

Admirables, sin ninguna duda.

HARPAGON:

¿Creen que una mujer así merece que se piense en ella?

CLEANTE:

Sí.

HARPAGON:

¿Que sería un buen partido?

CLEANTE:

Excelente.

HARPAGON:

¿Que tiene aire de que será una perfecta casada?

CLEANTE:

No cabe la menor duda.

HARPAGON:

¿Que hará dichoso a su marido?

CLEANTE:

Sí.

HARPAGON:

Hay un pequeño inconveniente. Me temo que no tenga tanta hacienda como se le supone.

CLEANTE:

Poca importancia tiene la hacienda cuando se trata de casarse con una mujer honrada.

HARPAGON:

Perdónenme. Hay que decir que si no posee la hacienda que se desea, puede intentarse ganar en otra cosa.

CLEANTE:

Por supuesto.

HARPAGON:

Me alegra ver que tenemos la misma opinión, porque me han cautivado el alma su dulzura y su porte honesto, y estoy decidido a casarme con ella con tal de que tenga algo de hacienda.

CLEANTE:

¿¡Qué!?

HARPAGON:

¿Cómo?

CLEANTE:

¿Está resuelto, dice...?

HARPAGON:

A casarme con Mariana.

CLEANTE:

¿Usted?

HARPAGON:

Sí. Yo..., yo... ¿Qué quiere decir todo esto?

CLEANTE:

Que me ha dado de golpe un vahído y me retiro...

HARPAGON:

No debe ser nada. Anda enseguida a la cocina y bébete un vaso de agua fresca. Hay aquí jóvenes que no tienen más fuerzas que las gallinas. Esto, hija, es lo que he resuelto para mí. En cuanto a tu hermano, le destino una viuda de que me han hablado esta mañana. Y a ti te diré al señor Anselmo.

ELISA:

¿El señor Anselmo?

HARPAGON:

Sí, hombre maduro, prudente y de buen juicio, que tiene más que cincuenta años y de quien se alaba su mucha hacienda.

ELISA (*Hace una reverencia*):

No quiero casarme, padre, si me permite.

HARPAGON (*Remedando la reverencia de su hija*):

Y yo, hijita, quiero que te cases, si me permites.

ELISA:

Le pido perdón, padre.

HARPAGON:

Te pido perdón, hija.

ELISA:

Soy una humilde servidora del señor Anselmo, pero, con su licencia, no me casaré con él.

HARPAGON:

Soy tu muy humilde servidor; pero, con tu licencia, te casarás esta noche.

ELISA:

¿Esta noche?

HARPAGON:

Esta noche.

ELISA:

Eso no será, padre.

HARPAGON:

Será, hija, será.

ELISA:

¡No!

HARPAGON:

¡Sí!

ELISA:

Repito que no.

HARPAGON:

Y yo repito que sí.

ELISA:

Es algo a lo que no me obligará.

HARPAGON:

Es algo a lo que te obligaré.

ELISA:

Me mataré antes de casarme con ese hombre.

HARPAGON:

No te matarás y te casarás con él. ¡Qué atrevimiento! ¿Dónde se ha visto jamás que una hija hable así a un padre?

ELISA:

¿Dónde se ha visto jamás que un padre case a su hija de tal forma?

HARPAGON:

Es un partido del que nada hay que decir. Y apuesto a que todo el mundo aprobará mi elección.

ELISA:

Y yo apuesto a que ninguna persona sensata lo aprobará.

HARPAGON:

Aquí está Valerio. ¿Quieres que entre los dos le convirtamos en juez de nuestro pleito?

ELISA:

Sí.

HARPAGON:

¿Te someterás a su juicio?

ELISA:

Sí, haré lo que él diga.

HARPAGON:

Entonces, ¡a ello!

Escena V Valerio, Harpagón, Elisa

HARPAGON:

Ven acá, Valerio. Te hemos elegido para que nos digas quién tiene la razón, si mi hija o yo.

VALERIO:

Usted, señor, sin ninguna duda.

HARPAGON:

¿Sabes de qué hablamos?

VALERIO:

No, pero no puede equivocarse: usted es la sensatez en persona.

HARPAGON:

Quiero darle por esposo un hombre tan rico como de buen entendimiento, y la pícara se ríe en mis barbas de él. ¿Qué dices tú a esto?

VALERIO:

¿Qué digo?

HARPAGON:

Sí.

VALERIO:

¡Mm...! ¡Mm...!

HARPAGON:

¿Qué?

VALERIO:

Digo que en el fondo yo soy de su misma opinión. Usted no puede más que tener razón. Pero ella no se equivoca del todo, y...

HARPAGON:

¿Cómo? El señor Anselmo es un excelente partido, caballero y noble, amable, comedido, prudente, que está bastante bien acomodado y a quien no le queda ningún hijo de su primer matrimonio. ¿Podría mi hija encontrar algo mejor?

VALERIO:

Eso es muy cierto. Pero ella podría decirle que es precipitar un poco las cosas; que quizás es necesario al menos algún tiempo,

para ver si su inclinación puede acomodarse a...

HARPAGON:

Esta es una oportunidad que hay que agarrar de inmediato por los pelos. Creo que hay una conveniencia que no encontraría en parte alguna. Anselmo se compromete a tomarla sin dote.

VALERIO:

¿Sin dote?

HARPAGON:

Sí

VALERIO:

Entonces no digo nada. Ya ven: es una razón convincente. Hay que rendirse a ella.

HARPAGON:

Para mí es un tremendo ahorro.

VALERIO:

¿Quién lo duda? Eso no admite contradicción. Es verdad que su hija pudiera figurarse que el matrimonio es cosa más seria de lo que puede creerse, que en él estriba el ser dichoso o desgraciado toda la vida y que una obligación que dura toda la vida no ha de contraerse sino tomando grandes precauciones.

HARPAGON:

Sin dote.

VALERIO:

Tiene razón de sobra. Eso lo resuelve todo. Algunos le podrán decir que en tales ocasiones hay que tener en cuenta la inclinación de la hija, y que la gran desigualdad de edad, de temperamento y

de sentimientos exponen el matrimonio a incidentes muy engorrosos.

HARPAGON:

Sin dote.

VALERIO:

Eso no se discute. ¿Quién diantres se opone a ello? No faltan padres que les gustaría ahorrarse más el contento de sus hijas que no el dinero que podrían darles; que no quisieran sacrificarlas al interés y que más intentarían poner en el matrimonio esa grata conformidad que sin cesar mantiene el honor, la tranquilidad, la alegría, y que...

HARPAGON:

Sin dote.

VALERIO:

Es verdad. Esto sella los labios a todo: sin dote. ¿Se podría oponer alguna resistencia a esa razón tan poderosa?

HARPAGON (*Mirando hacia el jardín*):

Me parece que oigo ladrar un perro. ¿No querrán mi dinero? No se muevan. Vuelvo enseguida.

ELISA:

¿Te burlas, Valerio, hablándole de esa manera?

VALERIO:

Es para no amargarle y para llevar a mejor término las cosas. Chocar de frente contra su modo de pensar es la manera de echarlo todo a perder. Hay espíritus con los que hay que usar una doble estrategia; temperamentos enemigos de toda resistencia, caracteres reacios a los que la verdad enerva, que no quieren andar por el camino recto de la razón y que no se pueden conducir sino dando un rodeo para llevarlos a donde se quiere. Hazle ver que estás de

acuerdo con lo que él quiere y lograrás mucho mejor lo que te propones...

ELISA:

Pero, ¿este casamiento, Valerio?

VALERIO:

Ya se hallarán medios para romperlo.

ELISA:

¿Qué se puede inventar, si debe celebrarse esta noche?

VALERIO:

Pedir un aplazamiento, simular una enfermedad...

ELISA:

Pero si llaman a los médicos se descubrirá el engaño...

VALERIO:

¿Te burlas? ¿Acaso ellos saben algo? Puedes tener el mal que quieras y ellos encontrarán razones para decirte de dónde viene.

HARPAGON:

¡No ha sido nada, gracias a Dios!

VALERIO:

En fin, nuestro último recurso es la fuga, para poder ponemos a cubierto de todo. Y si tu amor, hermosa Elisa, es capaz de una firmeza... (*Repara en Harpagón*). Sí: la hija debe obedecer a su padre. No debe mirar cómo está hecho el marido, y si por medio está la poderosa razón de «sin dote», debe estar dispuesta a hacer lo que le mandan.

HARPAGON:

¡Muy bien dicho!

VALERIO:

Perdóneme, señor, si me exalto un poco y me tomo la libertad de hablarle así.

HARPAGON:

Me pone muy contento y quiero que ejerzas sobre ella un poder absoluto. Te doy la potestad que la Divina Providencia me da sobre ti y quiero que hagas todo lo que él te diga.

VALERIO:

No puede negarse a oír mis reprimendas después de esto. Voy a seguirla, señor, para continuar las lecciones que le estaba dando.

HARPAGON:

Te lo agradeceré. Lo cierto es que...

VALERIO:

Hay que mostrarse severo con ella.

HARPAGON:

Es verdad. Hay que...

VALERIO:

No se preocupe, creo que lo conseguiré.

HARPAGON:

¡Hazlo, hazlo! Yo me voy a dar un paseíto por la ciudad y volveré enseguida.

VALERIO:

Sí, el dinero vale más que todo en este mundo. (*A Elisa*). Agradezca a Dios por el hombre honrado que su padre le ha dado. Su padre sabe lo que es vivir. Cuando alguien se ofrece a tomar una mujer sin dote, no hay que mirar más adelante. Todo se encierra en eso y sin dote puede significar belleza, juventud, linaje, honor, sabiduría y probidad.

HARPAGON:

¡Valeroso mozo! Hablado como un oráculo. ¡Dichoso el que tiene un servidor así!

ACTO SEGUNDO

Escena I

Cléante, La Flèche

CLEANTE:

¡Traidor! ¿Dónde has estado? ¿Acaso no te había mandado?

LA FLECHE:

Sí, señor. Vine aquí para esperarle a pie firme, pero su señor padre, el más descortés de los hombres, me ha echado y he corrido el riesgo de que me apaleara.

CLEANTE:

¿Cómo va nuestro asunto? Las cosas apremian más que nunca. Desde la última vez que nos vimos descubrí que mi padre es mi rival.

LA FLECHE:

¿Su padre está enamorado?

CLEANTE:

Sí. Me ha costado un inmenso trabajo ocultarle la inquietud en que me ha puesto esa funesta noticia.

LA FLECHE:

¿Ponerse a amar él? ¿En qué diablos piensa? ¿Se ríe de la gente?
¿Acaso el amor ha sido hecho para personas como él?

CLEANTE:

Por desgracia, se le ha tenido que meter esta pasión en la cabeza.

LA FLECHE:

¿Y por qué tiene usted que callarle su amor?

CLEANTE:

Para quitarle sus recelos, para tener medios más expeditos de deshacer esa boda. ¿Qué te han contestado?

LA FLECHE:

¡Ay, señor! Los que piden dinero prestado son muy infortunados. Se deben aguantar las cosas más raras cuando, como usted, se cae en manos de los usureros.

CLEANTE:

¿No se hará, pues, el negocio?

LA FLECHE:

Maese Simón, el agente que nos han dado, hombre activo y lleno de celo, dice que ha hecho cuanto ha podido por usted y asegura que su rostro le ha robado el corazón.

CLEANTE:

¿Tendré los quince mil francos que pido?

LA FLECHE:

Sí, pero con algunas condiciones que tendrá que aceptar, si quiere que se haga el negocio.

CLEANTE:

¿Te dejó hablar con el que prestará el dinero?

LA FLECHE:

Estas cosas no se hacen así. Tiene más interés que usted en ocultarse. Hay misterios más insondables de los que usted se cree: no quieren decir su nombre. Hoy, usted hablará con él en la casa de un tercero para que le informe acerca de la familia y la hacienda que usted posee. No dude de que el solo nombre de su padre facilitará las cosas.

CLEANTE:

Y, sobre todo, porque él no me ha podido quitar lo que me ha dejado mi madre, que en gloria esté.

LA FLECHE:

Aquí hay unas cláusulas que ha dictado a nuestro intermediario, para que las vea antes de cerrar el trato: «En el supuesto de que el prestamista considere que hay garantías suficientes, que el

prestatario sea mayor de edad y de familia bien acomodada, que no existan hipotecas ni otras trabas, se formalizará la operación mediante una escritura notarial. El prestamista elegirá el notario ante el cual será otorgado el instrumento».

CLEANTE:

No hay nada que decir a eso.

LA FLECHE:

«El prestamista, para no cargar de escrúpulos su conciencia, percibirá para sí los intereses que se convengan...».

CLEANTE:

Me parece un proceder muy honrado. No tengo queja.

LA FLECHE:

«Pero como el dicho prestamista no tiene en su casa la cantidad de que se trata, se verá obligado a tomarla a préstamo de otro, por lo que el dicho prestatario primero se obligará también a pagar el interés que aquél exija, sin perjuicio de lo demás, visto que es por servirle por lo que el dicho prestamista se compromete a conceder el préstamo».

CLEANTE:

¡Demonios! ¡Qué judío! ¡Qué árabe! ¡Pagar intereses a dos!

LA FLECHE:

Es verdad. Es lo mismo que yo he dicho. Usted debe decidir.

CLEANTE:

¿Qué quieres que decida? Necesito el dinero y tendré que pasar por todo.

LA FLECHE:

Eso he contestado yo.

CLEANTE:

¿Hay algo más?

LA FLECHE:

Otra cláusula: «De los quince mil francos que se solicitan, el prestamista no podrá entregar en dinero más que doce mil libras. Por los mil escudos restantes, el prestatario deberá adquirir los muebles, ropas, alhajas, pormenorizados en la lista que el dicho prestamista le cede en los precios más módicos que puede».

CLEANTE:

¿Qué quiere decir eso?

LA FLECHE:

Escuche la lista: «Primeramente una cama de cuatro pies con colcha rellena color verde oliva, y seis sillas tapizadas de lo mismo, todo en buen estado. Más un buen dosel de buena sarga* de Aumale».

CLEANTE:

¿Qué quiere que yo haga con eso?

LA FLECHE:

Espere: «Más una colgadura de tapicería de los amores de Gombaut y Macèe. Más una mesa grande de nogal, con doce patas torneadas, que puede ensancharse, y seis escabeles**».

CLEANTE:

¡Qué me importa a mí todo eso!

LA FLECHE:

Tenga paciencia: «Más tres mosquetes grandes, guarnecidos de nácar de perlas, con las tres horquillas correspondientes. Más un horno de ladrillo con dos retortas, y tres recipientes, muy útiles para los que tienen afición a destilar».

CLEANTE:

¡Me pongo furioso!

LA FLECHE:

¡Calma! «Más un laúd de Bolonia, con todas sus cuerdas, o casi todas. Más un boliche, un damero y un juego de la oca propios para pasar el tiempo cuando no se tiene nada que hacer. Más una piel de lagarto rellena de paja, para ponerla en el suelo de una habitación. Todo lo mencionado, que vale más de cuatro mil quinientas libras, ha sido rebajado a mil escudos por la discreción del prestamista».

CLEANTE:

¡Mala peste se lleve a él y a su discreción! ¡Traidor! ¡Verdugo! ¿Se ha visto alguna vez usura semejante? No contento de los intereses que me exige, me obliga incluso a tomar por tres mil libras los trastos viejos que desecha. No me darán por todo ello ni doscientos escudos. Y, sin embargo, tendré que hacer lo que él quiere, porque me pone en una situación en que he de aceptar todo. ¡El muy malvado me coloca el puñal en el pecho!

LA FLECHE:

Le veo, señor, aunque mal le pese, por el gran camino por el que andaba Panurgo para arruinarse, tomando dinero a préstamo, comprando caro y vendiendo barato, y gastando la renta antes de cobrarla.

*Sarga: Tela de seda cuyo tejido forma líneas diagonales.

**Escabel: Tarima pequeña que se ponía delante de la silla para apoyar los pies.

CLEANTE:

¿Y qué quieres que haga? Esto es a lo que se ven reducidos los jóvenes por la maldita avaricia de los padres. ¡Y luego se extrañan de que les deseen la muerte!

LA FLECHE:

Hay que confesar que su padre animaría en contra suya a la persona más sensata del mundo. Yo, gracias a Dios, no tengo inclinaciones tan patibularias, y, entre mis colegas a los que veo meterse en un montón de negocios de poca monta, sé salir diestramente a flote y desenredarme prudentemente de todas las intrigas amorosas que, por pequeñas que sean, saltan a la vista. Pero, si debo decirle la verdad, su manera de obrar me daría tentación de robarle y creo que, al robarle, haría un acto meritorio.

CLEANTE:

Dame esa lista para volver a leerla.

Escena II

Maese Simón, Harpagón, Cléante, La Flèche

MAESE SIMON *(Entrando por un costado con Harpagón)*:

Sí, señor, es un joven que necesita dinero. Sus negocios le apremian a encontrarlo y pasará por todo lo que usted mande.

HARPAGON:

¿Cree, maese Simón, que no hay riesgo? ¿Sabe el nombre de quien me habla? ¿Conoce su hacienda y su familia?

MAESE SIMON:

No, no puedo informarle del todo, ya que casualmente me lo han enviado. El mismo me informará y su intermediario me ha asegurado que cuando usted le conozca, quedará contento con él. Todo lo que puedo decirle es que es de una familia muy rica, que es huérfano de madre y que, si usted quiere, se dedicará a que su padre muera antes de ocho meses.

HARPAGON:

Algo es algo. La caridad nos manda, Maese Simón, dar gusto a las personas cuando se puede.

MAESE SIMON:

Eso se comprende muy bien. *(La Flèche y Cléante se dan cuenta de la presencia de los otros dos)*.

LA FLECHE:

¡Qué veo! ¡Maese Simón hablando con su padre!

CLEANTE:

¿Le habrá dicho quién soy? ¿Nos traicionaste tú?

MAESE SIMON:

¡Ah! ¡Pero qué rapidez! ¿Quién le ha dicho que era aquí? *(A Harpagón)*. No he sido yo, señor, quien les ha dicho su nombre y su dirección. Pero no veo mal en ello. Son personas discretas y se pueden explicar.

HARPAGON:

¿Cómo?

MAESE SIMON:

El señor es la persona de quien le hablé y que solicita un préstamo

de quince mil libras.

HARPAGON:

¿Eres tú, bribón, quien se entrega a estos excesos culpables?

CLEANTE:

¿Cómo, padre? ¿Es usted quien comete estas acciones tan viles?

HARPAGON:

¿Quieres arruinarme con préstamos tan poco lucrativos?

CLEANTE:

Y usted, ¿quiere enriquecerse con usuras tan ilícitas?

HARPAGON:

¿Te atreves, después de esto, a presentarte delante de mí?

CLEANTE:

¿Se atreve, después de esto, a presentarse delante de la gente?

HARPAGON:

¿No te da vergüenza haber llegado a este desenfreno, a hacer gastos espantosos, a malgastar la hacienda que tantos sudores ha costado a tus padres juntar para ti?

CLEANTE:

¿No le sonroja el deshonorar su condición con los sucios negocios que hace, el sacrificar fama y gloria al deseo insaciable de amontonar escudos, exigiendo y cobrando intereses, valiéndose de las más infames astucias que jamás hayan ingeniado los más célebres usureros?

HARPAGON:

¡Quítate de mi vista, bribón! ¡Quítate de mi vista!

CLEANTE:

¿Quién es más criminal, a su juicio: el que compra un dinero que se necesita, o el que roba un dinero con el que no se sabe qué hacer?

HARPAGON:

Te digo que te retires y que no me quemes la sangre. No estoy descontento de esta peripecia, y esto me aconseja que vigile más que nunca tus acciones.

Escena III Frosine, Harpagón

FROSINE:

Señor...

HARPAGON:

Espera un momento. Cuando vuelva, hablaremos. Conviene que vaya a ver si el dinero sigue estando en su lugar.

Escena IV La Flèche, Frosine

LA FLECHE:

¡Esto sí que tiene gracia! En algún lugar debe tener un tremendo almacén de trastos viejos, porque no hemos conocido nada de lo

que está anotado en la lista.

FROSINE:

¡Eh! ¡Eres tú, mi pobre La Flèche! ¿A qué se debe este encuentro?

LA FLECHE:

¡Frosine! ¿Qué has venido a hacer aquí?

FROSINE:

Lo que hago en todas partes: entrometerme en los negocios, hacerme servicial a las personas y aprovechar lo mejor que pueda las pocas disposiciones que pueda tener. Sabes que, en este mundo, hay que vivir de la habilidad, y que a las personas como yo la Providencia no les ha dado más renta que la intriga y el trabajo.

LA FLECHE:

¿Haces algún negocio con el dueño de esta casa?

FROSINE:

Sí; hago para él un pequeño negocio que espero me valdrá una recompensa.

LA FLECHE:

¿De él? ¡Por Dios, que habrás de ser muy hábil para sacarle algo! Sabes que aquí está muy caro el dinero...

FROSINE:

Hay servicios que conmueven prodigiosamente.

LA FLECHE:

Soy su criado. Tú no conoces aún al señor Harpagón. El señor Harpagón es, de todos los seres humanos, el hombre menos humano, el mortal más avaro y sin entrañas de todos los mortales.

No hay servicio que pueda moverle a la gratitud, hasta el extremo de abrir la mano. Alabanzas, aprecio, palabras condescendientes, amabilidades, de todo esto, cuanto quieras; pero dinero no le pidas, que no te lo dará. Nada es tan difícil como ganarse sus simpatías. Tanto odia la palabra dar, que jamás dice te doy, sino que te presto los buenos días.

FROSINE:

¡Dios mío! Conozco el arte de hacer que los hombres aflojen los cordones de su bolsa, y también el secreto para ganarse su afecto, lisonjear su vanidad, hallar los lugares en que son más sensibles.

LA FLECHE:

¡Tonterías! Te desafío a enternecerle en lo referente al dinero. En esto es muy cruel, de una crueldad que desespera a todo el mundo. No se ablandaría ni aun si te viese morir de hambre. En una palabra: ama el dinero más que a la fama, al honor y la virtud. Le produce convulsiones el ver a un pedigüeño. Es herirle en su parte mortal, atravesarle el corazón, arrancarle las entrañas. Y si... Me retiro, porque ahí vuelve.

Escena V Harpagón, Frosine

HARPAGON:

Todo va como es debido. ¿Qué tal, Frosine?

FROSINE:

¡Qué bien está usted! Tiene semblante de buena salud.

HARPAGON:

¿Yo?

FROSINE:

¡Jamás le había visto tan sanos y alegres colores!

HARPAGON:

¿De veras?

FROSINE:

De veras. En su vida había estado tan joven como ahora. Veo mozos de 25 años que parecen viejos.

HARPAGON:

No obstante, Frosine, tengo sesenta y tantos.

FROSINE:

¿Qué son sesenta años? La flor de la vida. Entra ahora en la mejor edad del hombre.

HARPAGON:

Es verdad. Pero creo que no me haría ningún mal tener veinte años menos.

FROSINE:

¿Bromea? No los necesita. Usted es de una madera que vive cien años.

HARPAGON:

¿Lo crees?

FROSINE:

Sí. Tiene todas las señales de ello. Quédese quieto un momento. Tiene entre los ojos el signo de larga vida.

HARPAGON:

¿Entiendes de eso?

FROSINE:

Sí. Muéstreme la mano. ¡Ah, Dios mío, qué raya de vida!

HARPAGON:

¿Qué quieres decir?

FROSINE:

¿No ve hasta dónde llega esta raya?

HARPAGON:

¿Y qué significa eso?

FROSINE:

¡Por Dios! He dicho cien años, pero pasará de los ciento veinte.

HARPAGON:

¿Será posible?

FROSINE:

Le digo que habrá que matarle, que enterrará a sus hijos y a sus nietos.

HARPAGON:

Tanto mejor. ¿Cómo está nuestro asunto?

FROSINE:

¿Hay que preguntarlo? ¿Acaso emprendo yo algo que no se lleve a cabo? Sobre todo para los casamientos tengo una habilidad pasmosa. No hay persona casadera a quien yo no case. Creo que si me lo hubiera propuesto, casaría al Gran Turco con la República de Venecia. Este negocio no tenía grandes dificultades. Como trato con ellas, les he hablado de usted y dicho a la madre el propósito que abriga usted de dar su mano de esposo a Mariana,

desde que la ha visto asomarse a la ventana para tomar aire y pasar por la calle.

HARPAGON:

¿Quién ha contestado?

FROSINE:

La madre ha recibido con gran alegría la proposición y cuando le he dicho lo mucho que usted desea que su hija asista esta noche a la firma del contrato de matrimonio de Elisa, ha consentido con entusiasmo y me la ha confiado a mí.

HARPAGON:

Estoy obligado a convidar a cenar al señor Anselmo, y me gustaría que ella cenase con nosotros también.

FROSINE:

Tiene razón. En la tarde va a venir a hacer una visita a su hija, con quien piensa dar una vuelta por el mercado y venir luego a cenar.

HARPAGON:

Les prestaré mi carruaje para que vayan juntas.

FROSINE:

Es lo que deseo.

HARPAGON:

¿Has hablado con la madre de cuánto puede darle a su hija? ¿Le has dicho que debiera hacer un esfuerzo, sacrificarse dando cuanto tenga, en una ocasión como ésta? No se casa uno con una mujer que no traiga algo al matrimonio.

FROSINE:

Aportará una renta de doce mil libras.

HARPAGON:

¡Doce mil libras!

FROSINE:

Sí. En primer lugar, ha sido criada en una pobreza extrema. Es una doncella acostumbrada a sustentarse de ensalada, queso, leche y papas, y a quien, por lo tanto, no habrá que poner una mesa bien servida, ni caldos exquisitos ni otras golosinas que habría que dar a cualquier otra mujer. Esto no es tan poco, ya que asciende, al menos, a tres mil francos al año. Además, se viste muy sencillamente, aunque es muy aseada. No le agradan los vestidos lujosos ni las ricas joyas ni los muebles suntuosos, y todo esto bien vale más de cuatro mil libras al año. Además, le tiene un horrible odio al juego, lo que no es común en las mujeres de hoy, pues sé de una de nuestros barrios que entre una cosa y otra, ha perdido cerca de veinte mil francos este año. Pero no tomemos de esto más que una cuarta parte. Cinco mil francos en el juego al año y cuatro mil en vestidos y joyas, suman nueve mil libras, y tres mil escudos que ponemos para el sustento, ¿no están bien contados los doce mil francos al año?

HARPAGON:

Sí, eso no está mal; pero la cuenta no tiene nada de real.

FROSINE:

Perdóneme. ¿No es real acaso traerle una gran sobriedad, el inmenso patrimonio de sencillez en adornarse, la adquisición de un gran caudal de odio hacia el juego?

HARPAGON:

Es una burla constituir una dote en gastos que no hará. No daré recibo de lo que no se me entregue. Es necesario que cobre alguna cosa.

FROSINE:

Cobraré bastante. Esas señoras me han hablado de cierto país en el que tienen hacienda y de la que usted será dueño.

HARPAGON:

Habré que verlo. Pero hay, Frosine, otra cosa que me inquieta. La niña es joven, como tú sabes, y los jóvenes, generalmente, no aman más que a sus semejantes, no buscan sino su compañía. Me da miedo que un hombre de mi edad no sea de su agrado y que esto traiga a mi casa trastornos a los que no podría acostumbrarme.

FROSINE:

¡Qué mal la conoce usted! Esta es otra de sus cualidades que tenía que decirle. Tiene una espantosa aversión a los jóvenes: no tiene amor más que para los ancianos.

HARPAGON:

¿Es verdad eso?

FROSINE:

Es verdad. Me gustaría que hubiera oído lo que dijo ella acerca de este tema. No soporta la vista de un muchacho. Dice que nada le encanta tanto como ver un hermoso anciano con unas barbas majestuosas. Los más viejos son para ella los más cautivadores. Le aconsejo que no le diga que es usted más joven de lo que realmente es. Quiere que sea, al menos, sexagenario. No hace ni cuatro meses que, estando a punto de casarse, rompió rotundamente su compromiso porque su amante le confesó que no tenía más que cincuenta y seis años y porque no se puso anteojos para, firmar el contrato.

HARPAGON:

¿Nada más que por eso?

FROSINE:

Nada más que por eso. Dijo que 56 años no le contentaban y que, sobre todo, le gustan las narices que llevan anteojos.

HARPAGON:

Me dices una novedad.

FROSINE:

Pues esto va más allá de lo que le pudiera decir.

En su alcoba se ven algunos cuadros y estampas. ¿Y qué cree que representan? ¿Adonis? ¿Céfalo? ¿París? ¿Apolo? ¡No! Son hermosos retratos de Satumo, del rey Príamo, del anciano Néstor y de Anquises llevado por su hijo.

HARPAGON:

¡Admirable! ¡Nunca lo hubiese creído! Me agrada saber que es de ese temple. Si yo fuese mujer no me gustarían los hombres jóvenes.

FROSINE:

Lo creo. ¡Buenas drogas son los jóvenes para amarlos! ¡Valientes mocosos! Quisiera saber qué atractivos hay en ellos.

HARPAGON:

Yo no acabo de entenderlo, no comprendo que haya mujeres que los quieran tanto.

FROSINE:

Hay que estar loca de remate. ¡Encontrar amable a la juventud! ¿Es eso tener sentido común? ¿Son hombres esos boquitas rubias? ¿Se puede querer a esos animales?

HARPAGON:

Es lo que digo siempre. Con esos aires que se dan, con cuatro pelos levantados en la barba, como el gato, con pelucas de estopa, con las medias calzas que se les caen y el estómago ladrando.

FROSINE:

No tienen ni punto de comparación con usted. Usted es un hombre. Da gusto verlo. Así hay que estar hecho e ir vestido para ser amado.

HARPAGON:

¿Te parezco bien?

FROSINE:

¡Claro que sí! Tiene una figura digna de ser pintada. Dése vuelta un poco, por favor. No se puede estar mejor. Dé unos pasos, para que le vea andar. ¡Vaya cuerpo bien formado, ágil, con donaire, de persona sana!

HARPAGON:

Salud no me falta, gracias a Dios. Sólo la tos que me da algunas veces...

FROSINE:

Eso no es nada. La tos le sienta bien. Usted tose con mucha gracia.

HARPAGON:

Dime, ¿me ha visto Mariana? ¿Se ha fijado en mí al verme pasar?

FROSINE:

No, pero hemos hablado mucho de usted. Le he pintado su retrato y no he dejado de alabarle ni de decirle lo mucho que convendría que fuese su marido.

HARPAGON:

Has hecho bien; te lo agradezco.

FROSINE:

Tengo que hacerle una súplica, señor. (Harpagón *se pone serio*). Estoy a punto de perder un pleito porque me falta un poco de dinero. Podría ganarlo si usted tuviese la bondad... (Harpagón *vuelve a poner el rostro alegre*). No se imagina lo contenta que se pondrá cuando le vea. Le agradecerá. Vuestra gorguera* a la antigua hará un efecto pasmoso en su ánimo. Pero lo que más le agradecerá serán sus medias calzas, sujetas al jubón con agujetas. ¡La volverán loca! Un amante con agujetas será lo que la hará postrarse a sus pies.

HARPAGON:

Me alegra mucho que me digas todo eso.

FROSINE:

En verdad, señor, ese pleito tiene tanta importancia para mí... (Harpagón *vuelve a poner el rostro grave*). Si lo pierdo, quedaré arruinada. Si usted me ayuda. (Harpagón *pone nuevamente el semblante alegre*). Si hubiese visto el embeleso con que ha escuchado lo que le he contado de usted... La alegría resplandecía en sus ojos. En fin, le he producido gran impaciencia porque se celebre el matrimonio.

HARPAGON:

Me has hecho un favor muy grande, Frosine, y tengo una deuda de gratitud contigo...

FROSINE:

Le ruego, señor, que me conceda el socorro que le he pedido. (Harpagón *se pone otra vez serio*). Me sacará del apuro en que me encuentro, y le estaré eternamente agradecida.

HARPAGON:

Me voy a despachar el correo. ¡Adiós!

FROSINE:

Le aseguro, señor, que jamás tendrá otro ocasión de remediar una necesidad tan extrema.

HARPAGON:

Daré orden de que esté dispuesto el carruaje para que te lleve al mercado.

FROSINE:

No le molestaría si no me viese obligada por la necesidad.

HARPAGON:

Voy a tratar de que cenemos temprano.

FROSINE:

No me niegue el favor que le pido. No se imagina...

HARPAGON:

Me voy. Me llaman. ¡Hasta luego! (*Sale*).

FROSINE:

¡ Para cuándo dejará Dios las muertes repentinas! ¡El maldito tacaño no me ha hecho caso! Sin embargo, no debo abandonar la negociación. Estoy segura de que la otra parte me dará una buena recompensa.

ACTO TERCERO

Escena I

*Gorguera: Adorno del cuello que se hacía de lienzo plegado y alechugado.

Cléante, Elisa, Valerio, señora Claudia,
maese Jacobo, Brindavoine, La Merluche,
Harpagón.

HARPAGON:

Vengan todos acá: les voy a dar las órdenes de qué es lo que tiene que hacer cada uno. Acércate, señora Claudia. Empecemos por ti. (Claudia *tiene una escoba en la mano*). Bueno, ya te veo con las armas en la mano. A ti te encargo la limpieza de todo. Sobre todo, pon mucho cuidado en no frotar muy fuerte los muebles, para no desgastarlos. Además de hacer esto, durante la cena te encargarás de la buena administración de las botellas. Si desaparece alguna o algo se rompiera, te lo voy a cobrar rebajándotelo del salario.

MAESE JACOBO:

Castigo político.

HARPAGON:

Tú Brindavoine, y tú, La Merluche, se encargaran de enjuagar las copas y dar de beber, aunque solamente cuando se tenga sed, sin hacer lo que hacen algunos lacayos impertinentes que animan a la gente a beber cuando nadie ha pensado en ello. Esperen a que se les pida más de una vez y no olviden de tener siempre mucha agua.

MAESE JACOBO:

Sí, porque el vino puro se sube a la cabeza.

LA MERLUCHE:

¿Nos quitaremos los delantales, señor?

HARPAGON:

Sí, en cuanto vean llegar a los invitados. Y cuídense para no estropear la ropa.

BRINDAVOINE:

Usted sabe, señor, que en uno de los lados de la parte delantera de mi jubón hay una mancha grande de aceite, del de la lámpara.

LA MERLUCHE:

Y yo, señor, en la parte trasera de mis medias calzas tengo una rotura por la que se me ve, con perdón...

HARPAGON:

¡Silencio! Ponte arrimado a la pared y da siempre la cara a la gente. (Harpagón *pone el sombrero delante del jubón para mostrarle a Brindavoine lo que debe hacer para ocultar la mancha de aceite*). Y tú, ten siempre así tu sombrero mientras sirvas. Tú, hija mía, vigila lo que se retire de la mesa, para que nada sea malgastado. Esto es típico de las mujeres. Pero, de todas maneras, prepárate para recibir bien a mi señora que va a venir a visitarnos y llevarnos con ella al mercado. ¿Entiendes lo que te digo?

ELISA:

Sí, padre.

HARPAGON:

Y tú, hijo, a quien tengo la bondad de perdonar el enredo de hace poco, no vayas a ponerle mala cara.

CLEANTE:

¡Yo, mala cara! ¿Y porqué razón?

HARPAGON:

Todos sabemos el modo de comportarse de los hijos de los padres que vuelven a casarse, y con qué ojos tienen costumbre de mirar a la que ellos llaman madrastra. Pero, si quieres que olvide tu último desatino, te aconsejo que acojas con buena cara a esta persona y que le des el mejor recibimiento posible.

CLEANTE:

Faltaría a la verdad, padre, si le dijese que me alegra que sea mi madrastra. Mentiría si le dijera eso. Pero en cuanto a recibirla bien y ponerle buena cara, le prometo que le obedeceré puntualmente.

HARPAGON:

Inténtalo, al menos.

CLEANTE:

Ya verá que no tendrá motivos de queja.

HARPAGON:

Obrarás sensatamente. Valerio, ayúdame con esto. Acércate, maese Jacobo. Te he dejado para lo último.

MAESE JACOBO:

¿A quién quiere hablarle, señor? ¿A su cochero o a su cocinero? Porque yo soy ambas cosas a la vez.

HARPAGON:

A los dos.

MAESE JACOBO:

¿A quién primero?

HARPAGON:

Al cocinero.

MAESE JACOBO:

Espere un momento, por favor. *(Se quita la librea de cochero y queda vestido de cocinero).*

HARPAGON:

¿Pero qué ceremonia es ésta?

MAESE JACOBO:

Dígame.

HARPAGON:

Me he comprometido a dar una cena esta noche.

MAESE JACOBO:

¡Qué maravilla!

HARPAGON:

¿Nos harás una buena cena?

MAESE JACOBO:

Sí, pero si me da bastante dinero.

HARPAGON:

¡Mil diablos, siempre el dinero! Parece que no sabes decir otra cosa. ¡Dinero, dinero, dinero! No sale de tus labios otra palabra. ¡Dinero! Siempre hablando de lo mismo. Tu gran recurso. ¡Dinero!

VALERIO:

Jamás he oído una respuesta más impertinente. ¡Como si fuera mucha gracia hacer una buena comida con bastante dinero! Eso es lo más fácil del mundo, cualquiera lo hace. Pero el verdaderamente capacitado debe decir que hará una comida con poco dinero.

MAESE JACOBO:

¡Buena comida con poco dinero!

VALERIO: Sí.

MAESE JACOBO:

¡Por Dios!, señor intendente, que le estaríamos muy agradecidos si nos revelara el secreto y tomara mi oficio. Al fin y al cabo usted aquí es el factótum*.

HARPAGON:

¡A callar! ¿Qué se necesita?

MAESE JACOBO:

Aquí tiene, señor, a su intendente, que le dará de comer bien por poco dinero.

HARPAGON:

Quiero que me contestes.

MAESE JACOBO:

¿Cuántos serán en la mesa?

HARPAGON:

Ocho o diez. Pero hay que cocinar sólo para ocho. Donde comen ocho, pueden comer diez.

VALERIO:

¡Claro que sí!

MAESE JACOBO:

Pues bien: cuatro clases de sopa... Sopas, entradas...

HARPAGON:

¡Demonios, parece que va a comer una ciudad entera!

MAESE JACOBO:

Asado...

HARPAGON (*Poniéndole la mano en la boca*):

¡Traidor, vas a dejarme sin camisa!

MAESE JACOBO:

Dulces de repostería...

HARPAGON:

¿Todavía más?

VALERIO:

¿Quieres matar a la gente? ¿Da la cena el señor para hartar a sus convidados? Léase los preceptos sobre salud y pregunte a los médicos si hay algo más perjudicial para el hombre que comer en exceso.

HARPAGON:

Tienes toda la razón.

VALERIO:

*Factótum: Persona de plena confianza de otra y que desempeña en una casa varias funciones. Administrador.

Sepa, maese Jacobo, usted y sus semejantes, que es cosa peligrosa una mesa llena de ricos manjares. Cuando se da una comida debe reinar la frugalidad, y, según el dicho de un antiguo, «Hay que comer para vivir, y no vivir para comer».

HARPAGON:

¡Qué bien dicho está eso! Acércate, para que te abrace. ¡Es la más bella sentencia que he oído en mi vida! «Hay que vivir para comer, y no comer para vi...». No es eso. ¿Cómo lo has dicho?

VALERIO:

«Hay que comer para vivir, y no vivir para comer».

HARPAGON:

¿Lo han oído? ¿Quién es el gran hombre que ha dicho eso?

VALERIO:

No recuerdo ahora su nombre...

HARPAGON:

Acuérdate de escribirme esas palabras. Quiero hacerlas grabar con letras de oro en la chimenea de mi sala.

VALERIO:

No dejaré de hacerlo. Y para la cena, déjeme obrar a mí: yo arreglaré todo como es debido.

HARPAGON:

Hazlo, entonces.

MAESE JACOBO:

¡Mejor! Así tendré menos trabajo.

HARPAGON:

Habrá que dar cosas de las que se come poco y hartan al empezar... Unos buenos porotos, algún pastel acompañado de castañas.

VALERIO:

Confíe en mí.

HARPAGON:

Ahora, maese Jacobo, hay que limpiar el carruaje.

MAESE JACOBO:

Espere. Esto es cosa del cochero. (*Vuelve a ponerse la librea*). Mande...

HARPAGON:

Hay que limpiar el carruaje y tener preparados los caballos para llevar al mercado...

MAESE JACOBO:

¿Los caballos, señor? ¡A fe mía, no están en condiciones de andar! No le diré que están en la caballeriza, porque los pobres animales no la tienen, y eso sería hablar muy mal. Pero usted les hace guardar unos ayunos tan rigurosos, que ya no son sino fantasmas, ideas o figuras de caballo.

HARPAGON:

Están enfermos de no hacer nada.

MAESE JACOBO:

Y para no hacer nada, señor, ¿es necesario no comer nada? Más les valdría a los pobres animales trabajar mucho y comer igual. Me parte el corazón verlos tan flacos. Tengo cariño a mis caballos y me parece que padezco yo cuando los veo padecer. Todos los días me quito cosas de la boca para dárselas a ellos. Señor, hay que tener muy mal corazón para no compadecer a los semejantes.

HARPAGON:

Ir hasta el mercado no es mucho trabajo.

MAESE JACOBO:

No, señor, pero no tengo valor para llevarlos al mercado, y me remordería la conciencia si les diera latigazos en el estado en que se encuentran. ¿Cómo quiere que tiren del carruaje si no pueden consigo mismos?

VALERIO:

Señor, yo le pediré al vecino Picard que los conduzca. Maese Jacobo nos hará falta aquí para preparar la cena.

MAESE JACOBO:

Prefiero que mueran a manos de otro, que no de las mías.

VALERIO:

Maese Jacobo, debe ser razonable.

MAESE JACOBO:

Señor, no puedo soportar a los aduladores y veo lo que éste hace: su perpetua vigilancia en lo que se gasta en pan, vino, leña y cereales no es más que para sacar provecho de usted y halagarle. Me da rabia eso y me desagrada oír todos los días lo que comentan de usted. Porque yo, a pesar mío, le profeso afecto y después de mis caballos, es la persona a quien más quiero.

HARPAGON:

¿Podría saberse, maese Jacobo, qué es lo que dicen de mí?

MAESE JACOBO:

Sí, señor, si estuviese seguro de que no se enojaría.

HARPAGON:

De ninguna manera.

MAESE JACOBO:

Perdóneme, pero sé que montaría en cólera.

HARPAGON:

No; por el contrario, me agrada. Me alegra saber lo que se habla de mí.

MAESE JACOBO:

Ya que lo quiere, señor, le diré con franqueza que se burlan de usted en todas partes; que dicen mil bajezas de usted, que gozan en hablar mal de usted y que no paran de contar sus tacañerías. Uno dice que se hace imprimir calendarios particulares o que hace duplicar las témporas* y las viglias, para aprovecharse de los ayunos que impone a sus deudos. Otro, que tiene siempre una disputa preparada para sus criados cuando llega el momento de pagar los aguinaldos, o cuando los despide, para no darles nada. Uno cuenta que una vez usted hizo comparecer ante el juez a un gato, porque se había comido lo que quedaba de una pierna de carnero. Otro, que lo sorprendieron una noche robándole avena a sus caballos, y que su cochero, el que lo era antes que yo, le dio en la oscuridad no sé cuántos palos, de los que usted no quiso decir nada. ¿Qué más quiere que le diga? No se puede ir a ninguna parte en que no digan pestes de usted. Es el hazmerreír de todo el mundo. No hablan de usted sino diciendo que es un avaro, un tacaño, un ser despreciable y un usurero.

HARPAGON (*Dándole golpes*):

¡Eres un necio, un bribón, un pillo, un descarado!

MAESE JACOBO:

¿No me lo había temido? Bien le he dicho que el contarle la verdad le haría montar en cólera.

HARPAGON:

¡Aprende a hablar!

Escena II

Maese Jacobo, Valerio

VALERIO (*Riéndose*):

Por lo que veo, maese Jacobo, se le paga muy mal su franqueza.

MAESE JACOBO:

¡Diantre! A usted, señor recién llegado que se da tanta importancia, esto no le importa. Ríase cuanto quiera de los palos que le darán, pero no se ría de los que he recibido.

VALERIO:

Le ruego, maese Jacobo, que no se enoje.

MAESE JACOBO:

Voy a hacer el valiente y, si es lo bastante tonto para temerme, le zurraré. ¿Sabe, señor reidor, que yo no me río? ¿Que si me hierve

la sangre le haré reír de otra manera? (Maese Jacobo *empuja a Valerio hasta el extremo de la escena, amenazándolo*).

VALERIO:

¡Calma!

MAESE JACOBO:

¡Cómo calma! ¡No quiero tenerla!

VALERIO:

¡Por favor!

MAESE JACOBO:

¡Usted es un insolente!

VALERIO:

Maese Jacobo...

MAESE JACOBO:

¡No hay maese Jacobo que valga! Si tomo una vara...

VALERIO:

¿Una vara? (Valerio *hace retroceder a Jacobo, tanto como éste le ha hecho retroceder a él*).

MAESE JACOBO:

No hablo de eso.

VALERIO:

¿Sabe, señor fatuo, que soy un hombre capaz de zurrarle si quiero?

MAESE JACOBO:

No lo dudo.

*Témporas: Antiguamente, tiempo de ayunos en el comienzo de cada una de las cuatro estaciones del año.

VALERIO:

¿Que como cocinero no sirve ni para hacer una sopa?

MAESE JACOBO:

Bien lo sé.

VALERIO:

Usted no me conoce todavía.

MAESE JACOBO:

Perdóneme.

VALERIO:

¿Decía que me daría una paliza?

MAESE JACOBO:

Lo he dicho en broma.

VALERIO:

Pues a mí no me gustan sus bromas. (*Le da de palos*). Sepa que es un mal bromista. (*Se va*).

MAESE JACOBO:

¡Maldita sea la sinceridad! Es mal oficio. En adelante no volveré a decir palabra de verdad. Que me apalee mi amo, pase; tiene algún derecho a pegarme. Pero el señor intendente... ¡Me vengaré de él, palabra!

Escena III

Frosine, Mariana, maese Jacobo

FROSINE:

¿Sabe si está en casa su amo, maese Jacobo?

MAESE JACOBO:

Sí: de sobra lo sé.

FROSINE:

Le ruego que le diga que estamos aquí.

Escena IV Mariana, Frosine

MARIANA:

Me encuentro en un estado de ánimo desacostumbrado, Frosine. Si debo ser franca, le tengo miedo a esta entrevista.

FROSINE:

¿Por qué? ¿Qué inquietud tiene?

MARIANA:

¡Ay! ¿Y me lo preguntas? ¿No te imaginas la inquietud de la persona que está dispuesta a ver el tormento que le van a dar?

FROSINE:

Bien veo que, para morir agradablemente, Harpagón no es el tormento que usted quisiera que le dieran. Leo en su rostro que el

rubiecito de quien me ha hablado no se aparta de su pensamiento.

MARIANA:

No lo niego. Las visitas respetuosas que nos ha hecho en la casa han producido un gran efecto en mi alma.

FROSINE:

¿Sabe ya quien es?

MARIANA:

No, no sé quién es, aunque sé que está hecho de modo de hacerse amar. Si pudiera elegir, mejor tomaría a él que a otro. No contribuye poco a hacer que me parezca un espantoso tormento el esposo que quieren darme.

FROSINE:

¡Dios mío! Son muy agradables todos esos rubiecos y hablan muy bien de sus cosas; pero la mayor parte de ellos son más pobres que las ratas. Mejor es para usted tomar un marido viejo que le dé una buena hacienda. Le confieso que los sentidos no le encuentran razón por el lado que yo le digo y que hay que sufrir algún enojo con un esposo semejante; pero esto no puede durar mucho y su muerte, créame, le pondrá pronto en estado de tomar otro más amable, que lo arreglará todo.

MARIANA:

¡Dios mío, Frosine! Cosa extraña es que para ser dichosa, hay que desear o esperar la muerte de alguien, pues la muerte no se encadena a todos los proyectos que se hacen.

FROSINE:

¿Se burla? Se casa con él con la condición de que la deje viuda muy pronto y ésta debe ser una de las cláusulas del contrato. Sería

bien impertinente si no se muriera dentro de tres meses. (*Aparece Harpagón*). Aquí está él en persona.

MARIANA:

¡Ah, Frosine, qué facha tiene!

Escena V

Harpagón, Frosine, Mariana

HARPAGON:

No se ofenda, hermosa criatura, si me presento ante usted con anteojos. Sé que sus encantos hieren los ojos, tan visibles son, y que no son necesarios los anteojos para verla; pero, en fin, con anteojos se observan los astros y yo digo y sostengo que es usted un astro, el astro más bello que haya en la región de los astros. (*A Frosine*). Frosine, no me responde palabra y me parece que no muestra ninguna alegría de verme.

FROSINE:

Es porque está sorprendida todavía. Y, además, a las doncellas les da siempre vergüenza manifestar lo que pasa por su alma.

HARPAGON:

Tienes razón. (*A Mariana*). Esta es, hermosa doncella, mi hija que le viene a saludar.

Escena VI

Elisa, Harpagón, Mariana, Frosine

MARIANA:

He tardado mucho, señorita, en hacerle esta visita.

ELISA:

Ha hecho lo que yo hubiese debido hacer. Tenía el deber de anticiparme.

HARPAGON (*Por Elisa*):

Ya ve que es mayor. Pero hierba mala, nunca muere.

MARIANA (*A Frosine, en voz baja*):

¡Qué hombre tan desagradable!

HARPAGON:

¿Qué dice la hermosa?

FROSINE:

Que usted le parece admirable.

HARPAGON:

Me hace demasiado honor, bella mía.

MARIANA (*Aparte*):

¡Qué bestia!

HARPAGON:

Mucho le agradezco esas opiniones.

MARIANA (*Aparte, a Frosine*):

No podré disimular más.

HARPAGON:

Aquí está mi hijo que también viene a saludarla.

MARIANA (*Aparte, a Frosine*):

¡Ah, Frosine, qué veo! Es el muchacho de quien te hablé.

FROSINE (*A Mariana*):

Esta es una aventura muy especial...

HARPAGON:

Veo que se admira de ver que tengo hijos tan mayores; pero pronto me desharé de ambos.

Escena VII

Cléante, Harpagón, Elisa, Mariana, Frosine

CLEANTE:

Señorita, no miento si le digo que éste es un acontecimiento que no esperaba, y que no ha sido poca mi sorpresa cuando mi padre me ha hablado de los propósitos que él tiene.

MARIANA:

Igual puedo decir yo. Es un encuentro imprevisto que me ha sorprendido tanto como a usted, porque no estaba preparada para semejante acontecimiento.

CLEANTE:

Es verdad que mi padre no pudo hacer mejor elección, y me da mucha alegría tener el honor de verla; pero, a pesar de todo, no le aseguro que me alegraría que fuese usted mi madrastra. Le confieso que me es muy difícil darle las felicitaciones, ya que es un título que no deseo que lleve. Este razonamiento parecerá grosero a los

ojos de algunas personas, pero estoy seguro de que usted lo tomará como es debido. Se trata de un casamiento que, como se puede imaginar, no es de mi agrado. Sabiendo lo que yo soy, usted no ignora lo mucho que esto lesiona mis intereses. Sé que quiere que le diga, con licencia de mi padre, que si las cosas dependieran de mí, esta boda no se haría.

HARPAGON:

¡Qué manera de dar las felicitaciones! ¡Qué confesión le has hecho!

MARIANA:

Y yo, en respuesta, le diré que las cosas son muy parecidas, y que si a usted le desagradaría que yo fuese su madrastra, a mí no me desagradaría menos que usted fuese mi hijastro. Le ruego que no crea que soy yo quien intenta darle esa inquietud. Mucho me enojaría desagradarle, y si no me viera forzada por un poder absoluto, le doy mi palabra de que no consentiría en la boda que le apena.

HARPAGON:

Tiene razón: a un tonto halago, respuesta igual. Le pido perdón, niña hermosa, de la impertinencia de mi hijo. Es un tontuelo que no sabe aún las consecuencias de las palabras que dice.

MARIANA:

Le juro que lo que me dijo no me ha ofendido en nada. Por el contrario, me ha agradado que haya manifestado así sus verdaderos sentimientos. Le agradezco esa confesión. Si hubiese hablado de otro modo, le apreciaría menos.

HARPAGON:

Es mucha su bondad en disculpar sus faltas. El tiempo le hará juicioso y verá cómo cambia de manera de pensar.

CLEANTE:

No, padre, no soy capaz de cambiar, y ruego a la señorita que lo crea.

HARPAGON:

¡Miren qué extravagancia! Y sigue porfiando.

CLEANTE:

¿Quiere que traicione a mi corazón?

HARPAGON:

¡Y dale! ¿Por qué no cambias de conversación?

CLEANTE:

Pues bien; ya que quiere que hable de otro modo, permítame, señorita, que me ponga en el lugar de mi padre y le confiese que nada he visto en el mundo tan hermoso como usted; que no concibo nada que iguale a la dicha de agradarle, y que el título de esposo suyo es una gloria, una felicidad preferible a los destinos de los hombres más poderosos de la tierra. Sí: la ventura de ser su dueño es, a mis ojos, la más valiosa de las fortunas. En ello cifro toda mi ambición. No hay nada que no sea capaz de hacer por lograr conquista tan preciada, y los obstáculos más insuperables...

HARPAGON:

Poco a poco, hijito, si te parece.

CLEANTE:

Es un cumplido que le hago por usted a la señorita.

HARPAGON:

¡Dios mío! Tengo lengua para expresarme, y no necesito de un

abogado como tú. ¡Que traigan sillas!

FROSINE:

No: más vale que salgamos para ir al mercado, y así estar de vuelta más temprano y tener luego tiempo de hablar con usted.

HARPAGON: Entonces, que enganchen los caballos al carruaje. Le ruego que me perdone, hermosa niña, el que no haya pensado en darle algo de comer antes de salir.

CLEANTE:

Ya previne eso, padre, y en su nombre mandé traer mermeladas y cestas de naranjas chinas.

HARPAGON (*A Valerio, en voz baja*):

¡Valerio!

VALERIO (*A Harpagón*):

Ha perdido el juicio.

CLEANTE:

¿Le parece, padre, que no habrá bastante? La señorita tendrá la bondad de perdonarnos.

MARIANA:

No es necesario.

CLEANTE:

¿Ha visto alguna vez, señorita, un diamante más hermoso que el que luce en el dedo mi padre?

MARIANA:

En realidad es precioso.

CLEANTE (*Le quita a su padre el anillo del dedo y se lo entrega a Mariana*):

Tiene que verlo de cerca.

MARIANA:

Es muy hermoso, sin duda, y emite muchas luces.

CLEANTE (*Se pone delante de Mariana, porque ésta quiere devolver el anillo a Harpagón*):

Oh, no: está en unas manos muy bellas. Es un regalo que le hace mi padre.

HARPAGON:

¿Yo?

CLEANTE:

¿No es verdad, padre, que quiere que ella se quede con el anillo, como una muestra de amor?

HARPAGON (*Aparte, a Cleante*):

¿Qué estás diciendo?

CLEANTE (*A Mariana*):

Me dice que le ruegue que acepte el anillo.

MARIANA:

No debo...

CLEANTE:

¿Es una broma? Mi padre no quiere que se lo devuelva.

HARPAGON (*Aparte*):
¡Qué rabia me da!

MARIANA:
Sería...

CLEANTE (*Quien sigue impidiendo a Mariana que devuelva el anillo*):
Le dije que no: sería ofenderlo.

MARIANA:
Por favor...

CLEANTE:
De ningún modo.

HARPAGON (*Aparte*):
¡Maldito sea...

CLEANTE:
Le escandaliza que lo rechace.

HARPAGON (*A su hijo, en voz baja*):
¡Traidor!

CLEANTE:
Mírelo cómo se desespera.

HARPAGON (*Amenazando a su hijo, en voz baja*):
¡Eres un verdugo!

CLEANTE:
No tengo la culpa, padre. Hago lo que puedo para obligarla a que se quede con el anillo, pero es muy testaruda.

HARPAGON (*A Cléante, en voz baja*):
¡Bribón!

CLEANTE:
Por usted, Mariana, me reta mi padre.

HARPAGON (*Con un hilo de voz y desesperados gestos y ademanes*):
¡Grandísimo pillo!

CLEANTE:
Señorita, usted hará que se ponga enfermo. Por favor, no siga rechazando esa sortija.

FROSINE:
¡Dios mío! ¡Cuántos remilgos! Quédese con el anillo, ya que así lo quiere el señor.

MARIANA:
Me lo quedo para no causarle enojo. Se lo devolveré en otra ocasión.

Escena VIII

Brindavoine, Harpagón, Mariana, Frosine, Cléante, Elisa.

BRINDAVOINE:
Señor, un hombre quiere hablarle.

HARPAGON:
Dile que estoy ocupado. Que vuelva otro día.

BRINDAVOINE:
Dice que le trae dinero.

HARPAGON:
Perdóñenme. Vuelvo enseguida.

Escena IX

La Merluche, Harpagón, Mariana, Frosine, Cléante, Elisa

LA MERLUCHE (*Que viene corriendo y al entrar hace caer a Harpagón*):
Señor...

HARPAGON:
¡Ah! ¡Me muero!

CLEANTE:
¿Qué te pasó, padre? ¿Te hiciste daño?

HARPAGON (*Refiriéndose a La Merluche*):
Seguramente que este traidor ha recibido dinero de mis acreedores
y por eso ha querido romperme la crisma.

VALERIO:
No será nada.

LA MERLUCHE:
Perdóneme, señor. Vine corriendo por hacer mejor las cosas.

HARPAGON:
¿A qué vienes, verdugo?

LA MERLUCHE:
A decirle que los dos caballos están sin herraduras.

HARPAGON:
Que los lleven enseguida a la herrería.

CLEANTE:
Mientras les ponen las herraduras voy a hacer por usted los
honores de la casa y llevar a la señorita al jardín, adonde mandaré
que lleven algo de comida.

HARPAGON:
Valerio, ten un poco de cuidado con todo esto. Te ruego que te
encargues de ahorrarme todo lo que puedas para devolverlo al
almacén.

VALERIO:
Hay lo suficiente.

HARPAGON:
¿Quieres arruinarme, mal hijo?

ACTO CUARTO

Escena I

Cléante, Mariana, Elisa, Frosine

CLEANTE:

Entremos aquí, señorita, que estaremos mucho mejor. Ya no hay gente sospechosa a nuestro alrededor y podemos hablar con libertad.

ELISA:

Sí, Mariana; mi hermano me ha confesado el amor que le tiene. Sé los pesares y problemas que pueden provocar estos contratiempos y le aseguro que me intereso profundamente por su felicidad.

MARIANA:

Es un dulce consuelo ver que una persona como usted se interesa en mí, y le ruego que tenga siempre ese generoso y noble afecto que puede hacer llevaderas las crueldades de la fortuna.

FROSINE:

¡Por Dios! Los dos son infelices porque antes de todo esto no me contaron su situación. Yo les hubiera quitado esa preocupación y las cosas no hubieran llegado al extremo en que están.

CLEANTE:

¿Qué quieres? Mi mala estrella lo ha querido así. Hermosa Mariana, ¿qué determinación ha pensado tomar?

MARIANA:

¡Ay! ¿Puedo tomar determinaciones? Y bajo las órdenes que debo obedecer, ¿puedo hacer algo más que tener deseos?

CLEANTE:

¿No hay más apoyo para mí en su corazón sino simples deseos?

¿Nada de compasión? ¿Nada de bondad caritativa? ¿Nada de afecto?

MARIANA:

¿Qué podría decir? Póngase en mi lugar y vea lo que puede hacer. Aconseje, mande usted mismo. Le digo esto porque le creo lo bastante sensato para no exigir de mí más de lo que puedan permitirme el honor y el decoro.

CLEANTE:

Con eso usted me reduce a que haga sólo lo que permita el honor riguroso y el escrupuloso decoro.

MARIANA:

¿Y qué quiere que haga? Aun cuando dejase de lado los escrúpulos a que está obligado nuestro sexo, amo a mi madre. Ella me ha criado siempre con gran ternura y no me gustaría darle disgustos. Actúe usted, dirigiéndose a ella; emplee todos los medios que

tenga para captarse su voluntad. Tiene mi licencia para decir y hacer lo que le plazca, y si ello sólo dependiera de declararme en favor suyo, yo misma le confesaré mis reales sentimientos.

CLEANTE:

Frosine, mi buena Frosine, ¿quieres ayudarnos?

FROSINE:

¡Por Dios! No hay para qué preguntarlo. Quiero, sí, con toda el alma. Usted sabe que soy humanitaria por naturaleza. Dios no me ha dado un corazón de piedra y me sobra ternura para hacer pequeños favores a personas que veo se aman honradamente. ¿Qué podríamos hacer?

CLEANTE:

Piénsalo un poco, te lo ruego.

MARIANA:

Aconséjanos, Frosine.

ELISA:

Inventa algo para deshacer lo que has hecho.

FROSINE:

Esto es bastante difícil. Podríamos captarnos la voluntad de su madre, que es una señora de mucha sensatez, y convencerla que dé al hijo lo que quiere dar al padre. Pero el inconveniente es que su padre es su padre.

CLEANTE:

Eso ya se sabe.

FROSINE:

Quiero decir que guardará rencor si se le hace este desaire, y que luego no estará de humor para dar el consentimiento al matrimonio de ustedes. Lo ideal sería que él desistiera por su propia voluntad. Hay que hallar el modo de disuadirle, haciendo que Mariana deje de serle una persona grata.

CLEANTE:

Tienes razón.

FROSINE:

Sí, sé que tengo razón. Eso es lo que conviene, pero la dificultad está en hallar la forma de hacerlo. Si conociésemos una mujer de cierta edad que fuese tan ingeniosa como yo, que supiese imitar bastante bien a una dama distinguida, y para eso la vestiríamos bien y diríamos que es marquesa o vizcondesa de Baja Bretaña, yo tendría bastante habilidad para engañar a Harpagón haciéndole creer que esa es una persona rica. Si, además de sus propiedades, ella le dijera que trae cien mil escudos en dinero constante y sonante y que está locamente enamorada de él y que desea ser su esposa hasta el extremo de darle toda su hacienda mediante contrato de matrimonio, estoy segura que Harpagón escucharía esa proposición. Porque sé que aunque la quiere mucho, ama un poco más al dinero. Y cuando, deslumbrado por ese señuelo, acceda a lo que ustedes quieren, poco importará que se desengaño

y sepa que lo de la marquesa ha sido una farsa.

CLEANTE:

Todo eso está muy bien pensado.

FROSINE:

Déjenme a mí. Ahora me acuerdo de una mis amigas que puede servir como actriz.

CLEANTE:

Si lo logras, te lo agradeceré mucho, Frosine. Y ahora, hermosa Mariana, te ruego que empecemos por ganar la voluntad de tu madre. No es fácil romper ese compromiso matrimonial. Haz, por tu parte, los esfuerzos que puedas. Válete del poder que sobre ella te da el amor que te tiene. Usa las gracias y los hechizos que la Providencia ha puesto en tus ojos y en tu boca. No olvides nada de esas dulces palabras y súplicas ni de las caricias conmovedoras, a las que, estoy seguro, nada les podría ser negado.

MARIANA:

Haré cuanto pueda y no olvidaré nada.

Escena II

Harpagón, Cléante, Mariana, Elisa, Frosine

HARPAGON (*Entra a un costado de la escena*):

¡Vaya! Mi hijo besa la mano de su futura madrastra y ella no lo evita. ¿Habrà algún misterio en todo eso?

ELISA:

Aquí está mi padre.

HARPAGON:

El carruaje está listo. Pueden salir cuando quieran.

CLEANTE:

Ya que usted no va a ir, yo las voy a llevar.

HARPAGON:

No, quédate. Irán bien solas. Te necesito.

Escena III Harpagón, Cléante

HARPAGON:

Dejando aparte el hecho de que será tu madrastra, ¿qué te parece Mariana?

CLEANTE:

¿Que qué me parece?

HARPAGON:

Sí. Su rostro, su presencia, su hermosura, su inteligencia.

CLEANTE:

Sí, está bien.

HARPAGON:

¿Y qué más?

CLEANTE:

Si debo ser franco, no la había imaginado así. Tiene cara de coqueta, su figura es desgarbada, la belleza mediana y una inteligencia vulgar. No creas, padre, que te lo digo para que renuncies a ella, porque

madrastra por madrastra, me da lo mismo ella que otra cualquiera.

HARPAGON:

Sin embargo, hace poco dijiste...

CLEANTE:

Sólo palabras amables a nombre tuyo. Lo hice más por darte el gusto a ti que por otra cosa.

HARPAGON:

¿No te agrada?

CLEANTE:

¿A mí? Ni pizca.

HARPAGON:

Lo lamento, porque esto rompe una idea que se me había ocurrido hace poco. Al verla aquí he pensado en la edad que tengo y créido que tendrían algo que criticar si me casase con una mujer tan joven. Esta consideración me movía a abandonar el proyecto. Pero como he hecho pedir su mano y el compromiso es sólo de palabra, te hubiese dado a Mariana a ti, si no hubiese existido esa aversión que sientes.

CLEANTE:

¿Me la hubiera dado a mí?

HARPAGON:

Sí, a ti.

CLEANTE:

¿Por esposa?

HARPAGON:

Sí.

CLEANTE:

La verdad es que no termina de gustarme, pero por complacerle a usted me casaría con ella, si usted quisiera.

HARPAGON:

¿Si yo quisiera? Soy más razonable de lo que crees. No quiero forzar tu decisión.

CLEANTE:

Perdóname. Lo haría por amor a ti.

HARPAGON:

No. Un matrimonio sin amor no podría ser feliz.

CLEANTE:

Eso viene después. Dicen que el amor es a veces fruto del matrimonio.

HARPAGON:

Por el lado del hombre la empresa es arriesgada, y no quiero que sufras las consecuencias irreparables que pudiera acarrear. Si le tuvieses algún afecto, estaría bien, te dejaría casar con ella. Pero como no es así, cumpliré mi primer propósito y me casaré yo.

CLEANTE:

¡Pues bien, padre! Ya que las cosas son así, te abriré mi pecho y te revelaré mi secreto. La verdad es que la quiero desde el día en que la vi en un paseo, que me proponía pedirla por esposa y que me ha retenido el saber los sentimientos suyos hacia ella, y el temor de desagradarle a usted.

HARPAGON:

¿La has visitado?

CLEANTE:

Sí.

HARPAGON:

¿Muchas veces?

CLEANTE:

Bastantes, para el tiempo que hace que nos conocemos.

HARPAGON:

¿Te ha recibido bien?

CLEANTE:

Muy bien, aunque sin saber quién era yo. Por eso Mariana se ha llevado una sorpresa tan grande hace poco.

HARPAGON:

¿Le has declarado tu amor, y le has dicho que te casarías con ella?

CLEANTE:

Sí. También le he dicho algo a su madre.

HARPAGON:

¿Ha escuchado su madre tu proposición?

CLEANTE:

Muy cortésmente.

HARPAGON:

¿Y la hija te corresponde?

CLEANTE:

Si debo creer en las apariencias, estoy convencido que sí.

HARPAGON:

Me alegro mucho de conocer este secreto. Eso era lo que quería. ¿Sabes lo que pasa, hijo? Que debes pensar en renunciar a tu amor; que debes dejar de molestar a una persona que pretendo para mí, y estar dispuesto a casarte, dentro de poco, con la mujer que yo te designe.

CLEANTE:

¿Se ríe de mí? Ya que las cosas han llegado hasta este extremo, le dije que no renunciaré a Mariana, que haré todo lo que pueda para disputarle la conquista y que si usted tiene el consentimiento de su madre, yo tengo otras ayudas que lucharán por mí.

HARPAGON:

¿Te atreves a ser mi rival, bribón?

CLEANTE:

Usted lo es de mí, porque yo fui el primero en pretenderla.

HARPAGON:

¿Acaso no soy tu padre? ¿No me debes respeto?

CLEANTE:

Son cosas que los hijos no están obligados a conceder a los padres. El amor no conoce parentescos.

HARPAGON:

Voy a hacer que me conozcas dándote palos.

CLEANTE:

No me asustan sus amenazas.

HARPAGON:

Renunciarás a Mariana.

CLEANTE:

¡No renunciaré!

HARPAGON:

¡Tráiganme una vara!

Escena IV

Maese Jacobo, Harpagón, Cléante

MAESE JACOBO:

¡Señores!, ¿qué es esto? ¿En qué están pensando?

CLEANTE:

De eso me río.

MAESE JACOBO:

Calma, señor.

HARPAGON:

¡Hablarme con ese descaro!

MAESE JACOBO:

¡Por favor, señor!

CLEANTE:

No voy a desistir.

MAESE JACOBO:

¿Así trata a su padre?

HARPAGON:
Déjame pegarle.

MAESE JACOBO:
¿Así trata a su hijo? Si fuera yo, vaya y pase...

HARPAGON:
Quiero hacerte juez de este pleito, maese Jacobo, para demostrar que yo tengo la razón.

MAESE JACOBO:
Acepto. Aléjense un poco.

HARPAGON:
Amo a una mujer con quien quiero casarme, y este bribón tiene la desvergüenza de amarla al mismo tiempo que yo, de pretenderla, a pesar de mis órdenes.

MAESE JACOBO:
Hace mal.

HARPAGON:
¿No es espantoso que un hijo sea el rival de su padre? ¿No debe, por respeto, abstenerse de intervenir en mis sentimientos?

MAESE JACOBO:
Tiene razón. Déjeme que le hable. Usted quédese aquí. (*Va a reunirse con Cléante al otro extremo de la escena*).

CLEANTE:
Ya que te eligió como juez de este pleito, yo no retrocedo. No me importa quién juzgue, y te contaré la causa de nuestro litigio.

MAESE JACOBO:
Mucho me honra.

CLEANTE:
Estoy enamorado de una joven que me corresponde, que recibe con ternura mis muestras de amor, y mi padre está dispuesto a oponerse a nuestros amores, con la petición de mano que ha hecho.

MAESE JACOBO:
Ha hecho muy mal.

CLEANTE:
¿No le da vergüenza pensar en casarse a esa edad? ¿Acaso le queda bien hacer de enamorado? ¿No debería dejar eso para los jóvenes?

MAESE JACOBO:
Tiene usted toda la razón. Se echa al traajín. Déjeme que le diga dos palabras. (*Vuelve donde Harpagón*). Su hijo no es tan raro como usted dice. Se pone razonable. Dice que sabe el respeto que le debe, que sólo se ha dejado llevar por el primer impulso, que no se negará a hacer lo que usted disponga, con tal de que lo trate mejor y que le dé por esposa a la persona que sea de su agrado.

HARPAGON:
¡Ah! Dile que si es así, puede esperar de mí todo lo que quiera y que, excepto Mariana, le doy permiso para elegir a la que desee.

MAESE JACOBO (*Que va donde Cléante*):
Déjeme actuar a mí. Su padre no es tan irracional como usted lo pinta, y me ha demostrado que son los arrebatos suyos los que le han hecho montar en cólera; que lo que le desagrade es su manera de obrar; que está dispuesto a concederle lo que usted desea, con

tal de que se lo pida con buenos modos y sepa tenerle el respeto y la obediencia que un hijo le debe a su padre.

CLEANTE:

¡Ah, maese Jacobo! Puedes asegurarle que si me da a Mariana, seré siempre el más obediente de los hijos, y que sólo haré lo que él mande.

MAESE JACOBO (*Va donde Harpagón*):
Conseguido. Hará lo que usted dice.

HARPAGON:

Esto no puede ir mejor.

MAESE JACOBO:

Está resuelto. Se contenta con sus promesas.

HARPAGON:

¡Loado sea Dios!

MAESE JACOBO (*A ambos*):

Sigan hablando de esto, señores. Ya están de acuerdo. Iban a reñir porque no se entendían.

CLEANTE :

Mi buen maese Jacobo, te estaré siempre agradecido.

MAESE JACOBO:

De nada, señor.

HARPAGON:

Me has producido mucha satisfacción, maese Jacobo, y esto merece una recompensa. Ten la seguridad de que me acordaré. (*Saca un*

pañuelo del bolsillo, lo que hace creer a maese Jacobo que va a darle algo).

MAESE JACOBO:

Le beso las manos.

Escena V Cléante, Harpagón

CLEANTE:

Perdóname, padre, mi arrebató.

HARPAGON:

Estás perdonado.

CLEANTE:

Créeme que lo siento en el alma.

HARPAGON:

Y yo estoy muy contento de verte razonable.

CLEANTE:

Es muy bondadoso olvidando tan pronto mi falta.

HARPAGON:

Se olvidan fácilmente las faltas de los hijos cuando vuelven a cumplir con su deber.

CLEANTE:

Y no me guarde rencor.

HARPAGON:

Estoy obligado a eso por el respeto y la obediencia que me

muestras.

CLEANTE:

Le prometo, padre, que hasta la tumba tendré grabada en mi corazón la memoria de sus bondades.

HARPAGON:

Y yo te prometo que nada habrá que no te dé.

CLEANTE:

No le pido nada más, padre mío. Ya es bastante que me hayas dado a Mariana.

HARPAGON:

¿Qué estás diciendo?

CLEANTE:

Que estoy muy agradecido porque ha tenido la bondad de darme a Mariana.

HARPAGON:

¿Quién ha hablado de darte a Mariana?

CLEANTE:

Usted.

HARPAGON:

¿Yo?

CLEANTE:

Sí.

HARPAGON:

Has sido tú el que ha prometido renunciar a ella.

CLEANTE:

¿Yo renunciar a ella?

HARPAGON:

Sí.

CLEANTE:

¡Jamás!

HARPAGON:

¿No desistes, entonces, de pretender su mano?

CLEANTE:

Al contrario. Ahora insisto más que nunca.

HARPAGON:

¿Qué te propones, bribón?

CLEANTE:

Nada podrá hacer que cambie.

HARPAGON:

Ya verás, traidor.

CLEANTE:

Haga lo que quiera.

HARPAGON:

¡Te prohíbo que vuelvas a hablarme!

CLEANTE:

¡Muy bien!

HARPAGON:

Te abandono.

CLEANTE:

Abandóneme.

HARPAGON:

Reniego de ti: ya no eres mi hijo.

CLEANTE:

Amén.

HARPAGON:

Te desheredo.

CLEANTE:

No me importa nada.

HARPAGON:

¡Te maldigo!

CLEANTE:

Nada necesito de usted.

Escena VI La Fleche, Cléante

LA FLECHE (*Que sale del jardín con un cofrecito*):

¡Ah, señor, le encuentro muy a tiempo! Sígame, rápido.

CLEANTE:

¿Qué pasa?

LA FLECHE:

Sígame, le repito. Tenemos suerte.

CLEANTE:

¿Por qué lo dices?

LA FLECHE:

Porque aquí está lo suyo.

CLEANTE:

¿Y qué es?

LA FLECHE:

Lo he estado buscando todo el día.

CLEANTE:

Pero, ¿qué es?

LA FLECHE:

El tesoro de su padre. Lo he encontrado.

CLEANTE:

¿Cómo lo hiciste?

LA FLECHE:

Le contaré todo. Salgamos de aquí, que le oigo gritar.

Escena VII Harpagón

HARPAGON (*Grita desde el jardín, y viene sin sombrero*):
 ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Justicia, justo Cielo!
 Estoy perdido, he sido aniquilado, me han degollado, me han
 robado mi dinero. ¿Quién habrá sido? ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde
 está? ¿Dónde se esconde? ¿Qué voy a hacer para encontrarlo?
 ¿Adónde ir? ¿Adónde no ir? ¿Estará allí? ¿Está aquí? ¿Quién es él?
 ¡Detente! Devuélveme mi dinero, bribón... (*Se toma a sí mismo el
 brazo*). ¡Ah!, soy yo. Mi mente está turbada y no sé ni dónde estoy,
 ni quién soy ni lo que hago. ¡Ay, mi pobre dinero, mi pobre dinero,
 mi amigo favorito! ¡Me han privado de ti y ya que me has sido
 quitado, he perdido mi amparo, mi consuelo, mi alegría! Todo ha
 terminado para mí; ya no tengo nada más que hacer en este mundo.
 Sin ti no puedo vivir. ¡Se acabó! ¡No puedo más! Muero, estoy
 muerto y enterrado. ¿No hay quien quiera resucitarme,
 devolviéndome mi querido dinero o diciéndome quién me lo ha
 robado? ¿Eh? ¿Qué dicen? ¡No hay nadie! Sea quien sea el que
 cometió el robo, ha acechado con mucho cuidado la ocasión. Ha
 elegido justamente el momento en que yo estaba hablando con el
 traidor de mi hijo. Salgamos. Voy a traer a la justicia, a hacer que
 torturen a todos los de la casa, a criados y criadas, a mi hijo y a mi
 hija y aun a mí. ¡Cuánta gente reunida! Todos los que miro me
 infunden sospechas. Todos me parecen el ladrón. ¿De qué hablan
 allí? ¿Del que me ha robado? ¿Por qué hacen tanto ruido allá
 arriba? ¿Estará ahí el ladrón? Por favor, ruego al que tenga noticias
 del ladrón que me las dé. ¿No está escondido entre ustedes? Todos
 me miran y se echan a reír. Veo que todos han tomado parte en el
 robo de que he sido víctima. ¡Pronto! ¡Que vengan conmigo
 alguaciles, magistrados, jueces, instrumentos de tortura, horcas y

verdugos! Quiero hacer ahorcar a todos y si no vuelvo a encontrar
 mi dinero, me ahorcaré yo después.

ACTO QUINTO

Escena I

Harpagón, Comisario y Amanuense* de éste

COMISARIO:
 Déjeme actuar a mí. A Dios gracias, conozco mi oficio. No es
 recientemente que me ocupo en descubrir robos. Quisiera tener
 tantos sacos de mil francos como personas he hecho ahorcar.

HARPAGON:
 Todos los magistrados deberían estar interesados en resolver este
 pleito, y si no se actúa de modo que vuelva a encontrar mi dinero,
 pediré justicia a la justicia.

COMISARIO:
 Hay que hacer todas las diligencias y pesquisas necesarias. Dice
 que en el cofrecito había...

HARPAGON:
 Diez mil escudos.

COMISARIO:
 ¡Diez mil escudos!

HARPAGON:
Sí, diez mil.

COMISARIO:
El robo es considerable.

HARPAGON:
No hay castigo suficiente para la enormidad de este delito y, si quedase impune, las cosas más sagradas no estarían nunca seguras.

COMISARIO:
¿De qué clase de monedas se componía esa cantidad?

HARPAGON:
De buenos luises de oro y de pistolas que sonaban muy bien.

COMISARIO:
¿De quién sospecha?

HARPAGON:
De todos. Y quiero que encierren a la ciudad entera y sus alrededores.

COMISARIO:
Es necesario, si quiere creerme, no asustar a nadie e intentar con suavidad lograr algunas pruebas, para proceder después con todo rigor y recuperar así el dinero que le han robado.

Maese Jacobo, Harpagón, Comisario y su Amanuense

MAESE JACOBO *(Al extremo de la escena, volviéndose para mirar hacia el lado por el que ha salido):* Vuelvo enseguida. ¡Que lo degüellen de inmediato! Que le asen los pies en la parrilla, lo metan en agua hirviendo y lo cuelguen del techo.

Escena II

HARPAGON:

¿A quién? ¿Al que me ha robado?

MAESE JACOBO:

Hablo de un lechón que acaba de mandar su intendente y que quiero cocinar a mi gusto.

HARPAGON:

No se trata de eso. Y aquí hay un señor al que hay que hablar de otra cosa.

COMISARIO:

No se asuste. No soy hombre que quiera infundir miedo, y las cosas se harán con suavidad...

MAESE JACOBO:

¿Está convidado a cenar el señor?

*Amanuense: Persona que escribe el dictado. Escribidor.

COMISARIO:

En esto, amigo, no hay que ocultar nada a su amo.

MAESE JACOBO:

¡Créame, señor! Demostraré lo que sé hacer y le trataré lo mejor que pueda.

HARPAGON:

Te repito que no se trata de eso.

MAESE JACOBO:

Si no le doy tan buena comida como yo quisiera, la culpa la tiene nuestro señor intendente, que me ha cortado las alas con las tijeras de la economía.

HARPAGON:

No se trata de cena, traidor, sino de otra cosa. Quiero que me des noticias del dinero que me han quitado.

MAESE JACOBO:

¿Le han quitado dinero?

HARPAGON:

Sí, bribón. Te haré ahorcar si no me lo devuelves.

COMISARIO:

¡Dios mío! No lo maltrate. Leo en su rostro que es un hombre que no miente y que sin encerrarlo en la cárcel, le dirá lo que quiere saber. Sí, amigo, si confiesa no se le hará daño alguno y será premiado por su amo como es debido. Le han robado dinero hoy y usted tiene que saber algo de eso.

MAESE JACOBO (*Aparte*).

¡Qué ocasión para vengarme del intendente! Desde que ha entrado en esta casa se cree el amo y no siguen más que sus consejos.

Todavía me duelen los palos que me dio.

HARPAGON:

¿Qué estás rumiando?

COMISARIO:

Déjele. Se dispone a obedecerle. Ya le he dicho que tiene rostro de hombre que no miente.

MAESE JACOBO:

Si quiere que le diga, señor... Creo que ha sido el intendente.

HARPAGON:

¿Valerio?

MAESE JACOBO:

Sí.

HARPAGON:

¡Tan fiel que me parecía!

MAESE JACOBO:

Creo que ha sido él quien le ha robado.

HARPAGON:

¿En qué te basas para creerlo?

MAESE JACOBO:

¿En qué?

HARPAGON:

Sí, en qué.

MAESE JACOBO:

Me baso... en lo que me baso.

COMISARIO:

Pero debe declarar los indicios que usted tiene.

HARPAGON:

¿Le has visto andar por el lugar en que tenía el dinero?

MAESE JACOBO:

Sí. ¿Dónde estaba el dinero?

HARPAGON:

En el jardín.

MAESE JACOBO:

Justamente. Le he visto andar por el jardín. ¿Dónde estaba metido el dinero?

HARPAGON:

En un cofrecito.

MAESE JACOBO:

¡Eso es! Lo he visto con el cofrecito.

HARPAGON:

¿Qué forma tiene? Dímelo, para que sepa si es el mío.

MAESE JACOBO:

¿Qué forma?

HARPAGON:

Sí.

MAESE JACOBO:

Pues..., pues..., de cofrecito.

COMISARIO:

Eso se sabe. Descríbalo un poco para...

MAESE JACOBO:

Es un cofrecito grande.

HARPAGON:

El que me robaron es pequeño.

MAESE JACOBO:

¡Ah, sí! Pequeño, si se quiere, aunque yo lo llamo grande por lo que contiene.

COMISARIO:

¿De qué color es?

MAESE JACOBO:

¿De qué color?

COMISARIO:

Sí.

MAESE JACOBO:

Color..., de un color... Ayúdenme un poco, por favor.

HARPAGON:

¿Eh?

MAESE JACOBO:

¿Encarnado?

HARPAGON:
No, pardo.

MAESE JACOBO:

¡Ah, sí! Un rojo amarillento. Eso quise decir.

HARPAGON:

No hay duda de que es el mío. Ponga, señor, ponga por escrito su declaración. ¿De quién podré fiarme en el futuro? No se puede jurar nada. Creo que, después de esto, será hombre capaz de robarme a mí mismo.

MAESE JACOBO:

Ahí viene, señor. No le digan que he sido yo el que lo ha descubierto.

Escena III

Valerio, Maese Jacobo, Harpagón, Comisario y Amanuense

HARPAGON:

Acércate. Confiesa la mala acción que has hecho, la más horrible que se haya cometido jamás.

VALERIO:

¿Qué está diciendo, señor?

HARPAGON:

¡Cómo, traidor! ¿No te avergüenzas de tu delito?

VALERIO:

¿De qué delito habla?

HARPAGON:

¿De qué delito? ¡Infame! ¡Como si no lo supieras! No pretendas ocultarlo. Todo ha sido descubierto. Has abusado de mi confianza, te has metido en mi casa para robarme, para hacerme esta mala jugada.

VALERIO:

Señor, ya que todo ha sido descubierto, no quiero andar con rodeos ni negar el hecho.

MAESE JACOBO:

¿Lo habré adivinado sin querer?

VALERIO:

Mi intención era hablar de eso, y esperaba una ocasión más favorable para hacerlo. Pero, puesto que es sí, le ruego que no se enoje y escuche mis explicaciones.

HARPAGON:

¿Qué explicación puedes dar, ladrón infame?

VALERIO:

¡Ah, señor! No me merezco esos nombres. Es verdad que le he ofendido, pero, después de todo, mi falta es perdonable.

HARPAGON:

¿Perdonable? ¿Una celada, un delito como éste?

VALERIO:

¡Por favor, no monte en cólera! Cuando me haya oído verá que el daño no es tan grave como usted cree.

HARPAGON:

¡Que no es tan grave! ¡Bribón! Mi sangre, mis entrañas...

VALERIO:

Su sangre, señor, no ha caído en malas manos. Mi condición me impide hacer daño y no hay nada en todo esto que no se pueda reparar debidamente.

HARPAGON:

Eso quiero: que me devuelvas lo que me has quitado.

VALERIO:

Su honor, señor, tendrá plena reparación.

HARPAGON:

No se trata del honor. Dime, ¿por qué hiciste una cosa así?

VALERIO:

¡Ay! ¿Y me lo pregunta?

HARPAGON:

Sí, te lo pregunto.

VALERIO:

Un dios que se disculpa de todo lo que puede hacer: el amor.

HARPAGON:

¿El amor?

VALERIO:

Sí.

HARPAGON:

¡Bonito este amor! El amor a mis luses de oro y mis pistolas.

VALERIO:

No, señor, no me han tentado sus riquezas; no ha sido esto lo que me ha deslumbrado. No codicio sus riquezas, con tal que me deje la que ya tengo.

HARPAGON:

¡Por todos los diablos! No te lo dejaré. ¡Miren qué insolencia, querer quedarse con lo que me ha robado!

VALERIO:

¿Llama robo a eso?

HARPAGON:

Sí, lo llamo robo. ¡Un tesoro como éste!

VALERIO:

Un tesoro, es cierto, el máspreciado que usted tiene; pero dejándomelo, usted no lo pierde. De rodillas le pido este tesoro lleno de encantos, y es necesario que me lo conceda.

HARPAGON:

Nada voy a conceder. ¿Qué quiere decir esto?

VALERIO:

Que nos hemos jurado amor mutuo y no dejarnos jamás.

HARPAGON:

¡Bien gracioso el juramento!

VALERIO:

Hemos jurado que seremos el uno para el otro toda la vida.

HARPAGON:

Ten la seguridad de que yo lo impediré.

VALERIO:

No podrá separarnos nada más que la muerte.

HARPAGON:

Eso es estar muy enamorado de mi dinero.

VALERIO:

Ya se lo he dicho, señor: no ha sido el interés lo que me ha movido a hacer lo que he hecho. Mi corazón no ha actuado por los motivos que usted cree. Un motivo más noble me ha inspirado esta resolución.

HARPAGON:

Pareciera que es por caridad cristiana que quiere quedarse con lo mío. Pero voy a poner las cosas en orden y la justicia, bribón sinvergüenza, me dará la razón en todo.

VALERIO:

Use de ella como quiera, y aquí estoy para sufrir todas las consecuencias; pero le ruego que crea, al menos, que si hay mal, solamente hay que acusarme a mí de este mal, y que su hija no tiene culpa alguna en todo esto.

HARPAGON:

Ya lo creo. Sería muy extraño que mi hija hubiera participado en este delito. Pero yo quiero recuperar lo mío: confiesa adónde te lo has llevado.

VALERIO:

Yo no me la he llevado. Está todavía en su casa.

HARPAGON:

¡El cofrecito, su querida cajita! ¿No la has sacado de mi casa?

VALERIO:

No ha salido.

HARPAGON:

Y dime, ¿no la has tocado?

VALERIO:

¿Tocarla yo? La ofende a ella y a mí. Yo me abraso en un amor puro y respetuoso por ella.

HARPAGON:

¡Por mi cajita!

VALERIO:

Antes prefiero morir que mostrarle pensamientos que puedan ofenderle. Es demasiado honrada y sensata para esas bajezas.

HARPAGON:

¡Demasiado honrada mi cajita!

VALERIO:

Todos mis deseos se han limitado a recrear la vista en la contemplación de su hermosura. Nada pecaminoso ha profanado la pasión que me inspiran sus bellos ojos.

HARPAGON:

¡Los bellos ojos de mí cajita! Habla de ella como el amante de su

amada.

VALERIO:

La señora Claudia sabe toda la verdad y podrá probárselo.

HARPAGON:

¡Mi criada es cómplice!

VALERIO:

Sí, señor. Ha sido testigo de la mutua promesa de casamiento, y sólo después de conocer la honradez de mis intenciones es que me ha ayudado a convencer a su hija a darme su palabra y recibir la mía.

HARPAGON:

¿Será el miedo a justicia lo que le hace desvariar? ¿Por qué mezclas a mi hija en todo esto?

VALERIO:

Digo, señor, que me ha costado muchísimo trabajo hacer que su pudor accediera a lo que quería mi amor.

HARPAGON:

¿El pudor de quién?

VALERIO:

De su hija. Solamente ayer se decidió a firmar los desposorios*.

HARPAGON:

¿Mi hija los ha firmado?

VALERIO:

Sí, señor, y yo también.

HARPAGON:

¡Oh, Dios mío! ¡Otra desgracia!

MAESE JACOBO:

Escriba, señor, escriba.

HARPAGON:

¡Más daños! ¡Más desesperación! Vamos, señor, cumpla con su deber. Que sea procesado por ladrón y seductor.

VALERIO:

No merezco esas injurias, y cuando sepa quién soy...

Escena IV

Elisa, Mariana, Frosine, Harpagón, Valerio,
maese Jacobo, Comisario y su Amanuense

HARPAGON:

¡Ah, mala hija! ¡Indigna de un padre como yo! ¿De esta manera sigues los consejos que te he dado? ¿Te has enamorado de un ladrón infame y le has prometido casarte con él sin mi consentimiento? Ambos se engañan. Cuatro buenas paredes me responderán de tu comportamiento, y una buena horca me vengará de tu atrevimiento.

VALERIO:

No será su ira la que juzgue este pleito. Espero ser oído antes de ser condenado.

HARPAGON:

Me he quedado corto al decir horca. Serás enrodado* vivo.

ELISA (*De rodillas ante su padre*):

¡Padre mío, tenga sentimientos algo más humanitarios y no lleve las cosas hasta esas extremas crueldades! No se deje llevar por los primeros arrebatos de su ira, y dése tiempo para pensar en lo que va a hacer, Tómese la molestia de mirar mejor a quién ofende. Esto es muy distinto de lo que sus ojos juzgan y ven. Y le parecerá menos extraño el que le haya dado mi corazón cuando usted sepa que, sin él, haría mucho tiempo que hubiera desaparecido. Sí, padre mío, él me salvó del peligro que usted sabe corrí en el agua. A él le debe la vida de esta hija que...

HARPAGON:

Eso no tiene importancia. Para mí hubiese sido mucho mejor que hubiera dejado que te ahogaras.

ELISA:

Le ruego, padre, por amor paternal, que...

HARPAGON:

No quiero oír nada. Es preciso que la justicia cumpla con su deber.

MAESE JACOBO:

Me pagarás los palos que me diste.

FROSINE:

¡Qué situación tan embarazosa!

Anselmo, Elisa, Mariana, Frosine, Harpagón, Valerio, maese Jacobo, Comisario y su Amanuense

ANSELMO:

¿Qué pasa, señor Harpagón? Le veo muy alterado.

HARPAGON:

¡Ah, señor Anselmo! Aquí está el hombre más infortunado de todos, y hay muchas desavenencias en lo que al contrato se refiere. Me asesinan en la hacienda, me asesinan en el honor... Aquí tiene a un traidor, a un malvado que ha violado todos los derechos más sagrados, que se ha metido en mi casa, diciéndose criado, para robarme el dinero y seducir a mi hija.

VALERIO:

¿Quién piensa ahora en su dinero? ¿Qué enredo es éste?

HARPAGON:

Se han hecho promesa de matrimonio, y esta ofensa le hiere a usted, señor Anselmo. Usted debe ser parte en el proceso que se le siga para vengarse de su atrevimiento.

ANSELMO:

Escena V

*Desposorios: Promesa mutua de matrimonio.

No es mi propósito que se case conmigo a la fuerza. No aspiro a un corazón que ya se ha dado. Pero para defender sus intereses, estoy pronto a hacerlos míos.

HARPAGON:

Este señor es un reputado comisario que me ha dicho que no olvidará ninguno de los deberes de su oficio. Acúsele como es debido, señor, sin rebajar la gravedad de su delito.

VALERIO:

No veo por qué sea delito el amor que le profeso a su hija, y el castigo que creen que me pueden imponer por nuestros desposorios, cuando se sepa quién soy...

HARPAGON:

Me río de esas patrañas. Hoy el mundo está lleno de ladrones que roban títulos de nobleza, de impostores que sacan provecho de su oscuro linaje y usan, desvergonzadamente, el nombre ilustre que quieren.

VALERIO:

Sepa que tengo demasiado buen corazón para adornarme de cosas que no sean mías y que todo Nápoles puede dar testimonio de mi linaje.

ANSELMO:

¡Poco a poco! Ponga cuidado en lo que va a decir. Arriesga en esto más de lo que cree. Está delante de un hombre que conoce todo Nápoles y que puede ver claramente la historia que cuente.

*Enrodado: Tortura de la rueda que consistía en despedazar al reo sujeto a una rueda y poniéndola en movimiento.

VALERIO (*Cubriéndose orgullosamente con su sombrero*):

No soy hombre a quien venza el miedo, y si conoce Nápoles, sabrá quién fue don Tomás de Alburcy.

ANSELMO:

Lo sé bien. Pocos le han conocido mejor que yo.

HARPAGON:

Nada me importan don Tomás ni don Martín.

ANSELMO:

Por favor, déjele hablar, y veremos adónde quiere ir a parar.

VALERIO:

Quiero decir que es mi padre.

ANSELMO:

¿El?

VALERIO:

Sí.

ANSELMO:

¡Es una broma! Invente otro cuento más creíble y no pretenda librarse con esa falsedad.

VALERIO:

Hable con más respeto. No es falsedad. Nada digo que no pueda probar fácilmente.

ANSELMO:

¿Se atreve a decir que es hijo de don Tomás de Alburcy?

VALERIO:

Sí, y estoy dispuesto a mantener esa verdad contra quien sea.

ANSELMO:

Me admira su osadía. Sepa, para su confusión, que hace a lo menos 16 años el hombre de quien nos habla murió en el mar con su esposa y sus hijos, al querer salvar sus vidas de las furiosas persecuciones registradas en Nápoles, pues fueron condenadas al destierro numerosas familias nobles.

VALERIO:

Sí, pero para que se confunda usted, sepa que su hijo, que en ese tiempo tenía siete años, y un criado, fueron salvados de aquel naufragio por una nave española, y que ese hijo salvado soy yo. Sepa que el capitán de la nave, compadecido de mi suerte, me tomó gran afecto y me hizo criar como si fuese hijo suyo, y que mi oficio fueron las armas, en cuanto pude manejarlas. Hace poco he sabido que mi padre no había muerto, como yo había creído. Al pasar por aquí para ir a buscarlo, una aventura, dispuesta por la Providencia, hizo que conociese a la encantadora Elisa. Me bastó verla para cautivarme con su hermosura, y la violencia de mi amor y la severidad de su padre me hicieron tomar la determinación de entrar en esta casa y de mandar a otra persona a buscar a mis padres.

ANSELMO:

Pero, ¿qué más pruebas que sus palabras nos pueden dar la seguridad de que no sea una fábula que usted haya inventado?

VALERIO:

El testimonio del capitán español; un sello guarnecido de rubíes, que era de mi padre; un brazalete de ágata que mi madre me puso en el brazo, y el anciano Pedro, el criado que se salvó conmigo en

aquel naufragio.

MARIANA:

¡Ay! Puedo contestar a tus palabras que no faltas a la verdad, y que todo lo que dices me hace saber verdaderamente que eres mi hermano.

VALERIO:

¿Tú, mi hermana?

MARIANA:

Sí. Mi corazón se ha conmovido desde que empezaste a hablar. Nuestra madre, a la que vas a dar una gran alegría, me ha contado mil veces los infortunios de nuestra familia. Dios no permitió que muriésemos en ese naufragio; pero ni nos salvó la vida, nos hizo perder la libertad. Unos piratas nos recogieron a mi madre y a mí desde unos restos de la embarcación. Después de diez años de cautiverio, una feliz fortuna nos devolvió la libertad y volvimos a Nápoles, donde supimos que había sido vendida nuestra hacienda y que no se tenían noticias de nuestro padre. De allí partimos a Génova, adonde mi madre recogió los pobres restos de una herencia, que había sido malgastada, y de allí, huyendo de la cruel injusticia de sus parientes, se vino a estas tierras, en las que ha llevado una vida muy triste.

ANSELMO:

¡Oh, Dios, qué rasgos tiene Tu poderío! ¡Sólo tú puedes obrar milagros! ¡Abrácenme, hijos míos, y unan su alegría a la de su padre!

VALERIO:

¿Usted es nuestro padre?

MARIANA:

¿Usted, el que mi madre ha llorado tanto?

ANSELMO:

Sí, hijos míos, soy don Tomás de Alburcy, a quien la Providencia libró de las olas con todo el dinero que traía. Les daba por muertos a todos desde hace más de 16 años, y me disponía a buscar en el casamiento, con una persona digna, el consuelo que me pudiera dar una nueva familia. No sabía si al volver a Nápoles mi vida estaba segura, y por eso renuncié a ello para siempre. Pude vender lo que tenía y me he acostumbrado a vivir aquí, donde con el nombre de Anselmo he querido consolarme de las penas que con el otro nombre he tenido.

HARPAGON:

¿Es hijo suyo?

ANSELMO:

Sí.

HARPAGON:

Entonces acudo a usted para que me pague los diez mil escudos que me ha robado.

ANSELMO:

¿El le ha robado?

HARPAGON:

El, sí.

VALERIO:

¿Quién dice eso?

HARPAGON:

Maese Jacobo.

VALERIO:

¿Lo dices tú?

MAESE JACOBO:

Usted ve que yo no digo nada.

HARPAGON:

Aquí está el señor comisario, que le ha tomado declaración.

VALERIO:

¿Puede creerme capaz de una acción tan ruin?

HARPAGON:

Capaz o no capaz, quiero que me devuelvas mi dinero.

Escena VI

Cléante, La Fleche, Anselmo, Elisa,
Mariana, Frosine, Harpagón, Valerio,
maese Jacobo, Comisario y su Amanuense

CLEANTE:

No se atormente, padre, y no acuse a nadie. Tengo noticias de lo suyo y vengo a decirle que si consiente en dejarme casar con Mariana, le será devuelto su dinero.

HARPAGON:

¿Dónde está?

CLEANTE:

No se preocupe por eso. Yo respondo por el lugar en que está, y de mí depende todo. Usted diga lo que resuelve; puede elegir entre darme a Mariana o perder el cofrecito.

HARPAGON:

¿No me han quitado nada?

CLEANTE:

Nada. Vea si está dispuesto a dar su consentimiento, como lo ha dado la madre de Mariana, que la deja en libertad para escoger entre los dos.

MARIANA:

Pero tienes que saber que no basta con su consentimiento, pues la Providencia, con el hermano que está presente, acaba de devolverme un padre a quien debes pedir mi mano.

ANSELMO:

Dios, hijos míos, no me ha devuelto para que me oponga a sus amores. Señor Harpagón, bien comprenderá que una doncella no elige al padre, sino al hijo. No haga decir lo que no es necesario oír, y consienta, como yo, en que se celebre este doble matrimonio.

HARPAGON:

Para seguir ese consejo tendría que ver mi cofrecito.

CLEANTE:

Lo verás.

HARPAGON:

No tengo dinero para dotar a mis hijos.

ANSELMO:

Yo tengo para ambos. No se preocupe por eso.

HARPAGON:

¿Se compromete a pagar los gastos de la boda?

ANSELMO:

Sí. ¿Está contento?

HARPAGON:

Sí, con tal que no me obligue a hacerme un traje para asistir a las bodas.

ANSELMO:

Está bien; que sea así. Gocemos de la alegría que este día feliz nos entrega.

COMISARIO:

¡Señores! Poco a poco, por favor. ¿Quién me pagará mis honorarios?

HARPAGON:

Nada nos importan sus honorarios.

COMISARIO:

Yo no trabajo para que no me paguen.

HARPAGON (*Apuntando a maese Jacobo*):

Este le pagará. Se lo doy para que haga con él lo que quiera.

MAESE JACOBO:

¡Ay! ¡Nunca se sabe lo que hay que hacer! Me apalean por decir la verdad, y por mentir quieren ahorcarme.

ANSELMO:

Señor Harpagón, hay que perdonarle.

HARPAGON:

¿Le pagará, entonces, al comisario?

ANSELMO:

Sí. Vamos a ir ahora mismo dar esta alegría a su amada madre.

HARPAGON:

¡Y yo a ver mi amado cofrecito!

MOLIERE

1622-1673

Su verdadero nombre era Jean Baptiste Poquelin. El seudónimo con el que Molière se hizo famoso lo adoptó al estrenar sus primeras obras -en rigor, adaptaciones de otras piezas teatrales- durante el período de giras a provincia de su compañía, que se extendió por casi trece años. Nunca se supo con certeza la razón de esta mudanza en el nombre, ya que no era costumbre en la época. Cuando le sobrevino la fama posterior como autor y actor, el apelativo suplió totalmente al apellido original.

Molière vivió en el medio del siglo XVII, considerado por muchos historiadores como el más brillante en la historia de Francia y llamado tradicionalmente el Siglo de Oro. Durante 54 años -entre

1643 y 1715- reinó Luis XIV, quien encarnaba en su persona la teoría y la práctica de la doctrina clásica. Este gobierno de la Razón Lúcida corresponde al de «el orden» y «la autoridad», y es la monarquía absoluta basada en el principio del «derecho divino de los reyes» la doctrina política sobre el cual está construido el edificio clásico. Durante esos años, una legión de hombres ilustres aparece en todas las actividades del reino: Descartes y Pascal en la filosofía; Bolieau, La Bruyère y La Fontaine en la literatura; Couperin y Lulli en música; Poussin y Le Lorrain en pintura; Colbert en economía, y en teatro, Molière, Corneille y Racine.

La organización del Estado, el desarrollo de la industria y del comercio, la hegemonía política y militar, y el florecimiento de las artes, todo ello era servido por este grupo que representaba en su mayoría a una clase en ascenso a la que el rey llamó a gobernar: la burguesía. Mientras tanto, la nobleza, con muy poco que ofrecer, se recluía en el Palacio de Versalles y sus hombres se disputaban cada mañana el privilegio de entregarle la camisa al rey.

Por aquella época, Francia era vista como el ideal clásico de la disciplina, el orden, el equilibrio y la jerarquía, desplazando a la exuberancia y la imaginaria del barroco. Así, sus creadores eran sometidos a formas artísticas férreamente delimitadas. En teatro, por ejemplo, debían ceñirse a las tres unidades aristotélicas: Unidad de acción (un tema central que se desarrolla a través de toda la obra), Unidad de tiempo (todo debe acontecer durante una sola jornada de algunas horas), y Unidad de lugar (todo debe ocurrir en un mismo espacio). A pesar de que algunos autores (Molière entre ellos) se evadieron ocasionalmente de esta norma, su imperativo era el que dominaba.

En este período, las representaciones teatrales ocuparon un lugar preferente entre las expresiones artísticas que llegaban al gran público, mucho más que la literatura, ya que el 78 por ciento de la población continuaba siendo analfabeta. Florecieron las compañías ambulantes que recorrían las provincias, y que casi siempre se

instalaban en tablados callejeros. Junto a esta modalidad existían teatros sólidamente establecidos y de gran tradición, como el Hotel de Borgoña, el Palais Royal y el Marais. Durante el siglo XVII, las plateas de las salas teatrales las ocupaba el pueblo, quien miraba el espectáculo de pie y casi siempre en pleno alboroto. Era habitual que las funciones fueran acompañadas por peleas de borrachos. Había desórdenes tanto en la sala como en la puerta, y en un período hubo que poner rejas ante la escena para protegerla del asalto de los espectadores.

El público más escogido ocupaba los palcos. Durante mucho tiempo se colocaron banquetas sobre el escenario, donde también se sentaban espectadores. Este público privilegiado se imaginaba que, lejos de obstaculizar la armonía de la representación, su

presencia era el más bello ornamento. No era ésa la opinión de Molière, que consideraba como importunos a los marqueses que en plena función se instalaban ruidosamente en escena, hablando más alto que los actores y desencadenando las protestas de la platea. Finalmente, en 1759 se erradicaron del escenario estos singulares asientos.

En general, los teatros de esa época no contaban con grandes decoraciones, las que muchas veces se suplían con tapices colgantes. La iluminación se conseguía primero con velas de sebo colocadas en placas de hojalata, y posteriormente con «arañas»: dos listones en cruz que sustentaban cuatro velas y colgaban del techo. Los trajes eran aportados habitualmente por los propios comediantes. Por ello, muchos pensaban que podía juzgarse su talento en proporción al lujo de su vestimenta. Así, lo normal era que los espectáculos careciesen de unidad y armonía, y repitiesen -para personajes distintos de una obra a otra- iguales atuendos. Las funciones se realizaban en la tarde, porque en la noche las calles mal iluminadas no eran seguras. En 1609, una ordenanza de policía obligaba a los actores a comenzar a las dos de la tarde, aunque esta hora se fue retrasando progresivamente. La publicidad teatral estaba reducida a unos avisos pequeños que se colocaban sobre las paredes en lugares estrictamente delimitados. Ahí no aparecía el nombre de los actores y rara vez el de los autores, pero sí se incluía un corto elogio de la obra. La otra forma

publicitaria era que al final de la función, uno de los personajes apareciera en escena para agradecer los aplausos y anunciar el próximo estreno.

Molière nació en París y durante su juventud debió aprender el oficio de su padre: tapicero del rey, cargo que heredó, pero que ejerció por muy poco tiempo. Estudió en el Colegio de Clermont y posteriormente la carrera de Leyes en la universidad, profesión que nunca practicó. Sus derechos de tapicero del rey los cedió a su hermano y a los 21 años decidió formar una sociedad teatral con la numerosa y errante familia Béjart: L'illustre Théâtre.

El grupo -diez en total- arrendó una sala en el centro de París, pero las obras montadas atrajeron escaso público y debieron contraer periódicamente fuertes deudas. Por ellas, Molière sufrió dos presidios en 1645. La compañía optó, entonces, por una salida habitual en la época: las giras a provincia, que se prolongarían por trece años. Desde 1650, Molière fue nombrado director, cargo que ejerció junto a la labor de actor y autor. Recorrieron casi toda Francia y se instalaron nuevamente en París en 1658. Ese año consiguieron autorización para presentarse ante el joven Luis XIV con la tragedia Nicomede, de Corneille. Después de una recepción poco entusiasta del público, Molière se adelantó y les pidió que

presenciaran una pequeña obra que le había valido cierta reputación en provincia: El doctor enamorado, farsa de la que sólo se ha conservado el título. La función tuvo un éxito inmediato y el soberano autorizó a la compañía a compartir con otro grupo italiano el teatro del Petit Boubon.

A partir de entonces, sobre todo del estreno de Las preciosas ridículas, Molière se situó en el primer lugar de la corte, gozando plenamente de la protección real y alcanzando su compañía el rango de Troupe du Roi. Durante esos años trabajó en el Palais Royal, donde hasta su muerte representó casi 70 obras, entre propias y ajenas. El avaro se estrenó en esa sala el 9 de septiembre de 1668, pero se mantuvo sólo veinte días en cartelera, con recaudaciones discretas y sin provocar mayor entusiasmo. Con el tiempo, en cambio, ha pasado a ser la tercera obra de Molière más representada.

Abrumado por el triple cargo de director, autor e intérprete; obligado a responder sin tardanza a los pedidos del rey para conservar su favor; hostigado por la envidia de sus enemigos que habían jurado hundirlo, y atacado por una enfermedad crónica, Molière murió a los 51 años, mientras estaba representando El enfermo imaginario. Su antigua dolencia era probablemente tuberculosis -asma, afirman otros biógrafos- y la imposibilidad de los médicos para descubrirla fue una de las causas de la animadversión del dramaturgo hacia éstos, de quienes se burló en varias de sus obras. También ironizó respecto de su enfermedad, que le hacía toser constantemente, incluso en escena: en El avaro, Frosine, para conquistar a Harpagón -papel que interpretaba Molière-, le dice que tose con mucha gracia.

Uno de los aspectos seguramente más desconocidos de la creatividad de Molière, fue su capacidad como actor y director -su trabajo sobre el escenario-, el que se refleja directamente en la composición de sus obras. Como actor era capaz de encarnar los personajes más diversos, con fuerza expresiva, economía de gestos

y ritmo adecuado. Para él era esencial el juego escénico, la perfección del conjunto de intérpretes. Deseaba oír recitar a sus actores «como si hablaran», tendiendo a lo natural y desdeñando «hacer tronar el verso». Impulsó un estilo de actuación no afectada, sino realista, copiando las formas de expresión de la vida cotidiana. «Traten todos de captar el carácter de su papel imagínense que son el personaje que representan», recomendaba, teoría sobre la cual se fundaría, a finales del siglo XIX en Rusia, el famoso método realista del director Konstantin Stanislavski: «Responder con verdad ante un estímulo imaginario». Molière se burló en muchas ocasiones de los actores de otras compañías, relamidos y grandilocuentes. Sobre este tema está basada su obra La improvisación de Versalles, origen de rencores entre muchos intérpretes de la época.

En sus creaciones, el sentido de la teatralidad -de la obra hecha para ser representada y que no aspiraba a convertirse en literatura dramática- se observa en la agilidad de los diálogos, en la fluidez de las entradas y salidas de los personajes, en la infamación precisa entregada a tiempo, en el ritmo y en la carencia de reflexiones o monólogos paralizantes. Todo ello permite una acción dramática permanente, tal como lo hacían las compañías italianas de la Commedia dell'Arte, tan admiradas por Molière. La importancia del espectáculo teatral está también en sus Comedias-Ballets, que incluyen música y bailes al final de cada acto. En muchos de los documentos originales de sus obras se encuentran indicaciones precisas de la puesta en escena: movimientos de los actores, caídas, gestos o énfasis necesarios para representar bien a sus personajes. La permanente conciencia de que el texto es para ser representado ante un público, aparece también en El avaro, cuando Harpagón interpela a los espectadores para saber si entre ellos se encuentra el ladrón de su cofrecito.

Aunque para Molière el objetivo del teatro era divertir, también la comedia tenía por finalidad «representar los defectos humanos y

especialmente los de nuestros contemporáneos». Cumplió con ello, escribiendo obras críticas, mordaces y satíricas de la sociedad de su tiempo. A veces tanto, que incluso Tartufo estuvo prohibida de representarse durante algunos años porque «podía apartar del camino de la virtud a los espíritus poco firmes». Por esta obra, un sacerdote pidió quemar vivo en la hoguera a su autor.

Molière construyó personajes de sicologías definidas, despojando ese carácter grueso que tenían los protagonistas de la farsa del medioevo, y llevando hasta extremos creíbles los defectos humanos. Así aparecen Alceste, de El misántropo, donde el afán de soledad impulsa a un hombre a vivir en el desierto; Argán, de El enfermo imaginario, quien cree padecer todos los males físicos de la humanidad; Jourdain, de El burgués gentilhomme, ansioso de figurar en los salones refinados; Tartufo, la historia del devoto hipócrita e impostor; Harpagón, en fin, el «más avaro entre todos los avaros», quien incluso recomienda a sus criados vigilar que la gente no se apoye excesivamente en los muebles, para no gastarlos. El mecanismo de ridiculización a que somete a los personajes - sacados de la vida cotidiana- disloca una realidad en apariencia inocente y muestra los vicios en toda su plenitud. Así, el llamado «héroe molieresco» es víctima de una locura obsesiva, de una manía viciosa, pivote sobre el que gira incesantemente, único cristal a través del cual mira la realidad. Harpagón cree ver en todos a un ladrón y habla del dinero extraviado como si fuera una amante que nunca volverá: «¡Me han privado de ti y ya que me has sido quitado, he perdido mi amparo, mi consuelo, mi alegría! Todo ha terminado para mí; ya no tengo nada más que hacer en este mundo. Sin ti no puedo vivir».

Junto a un tenue escepticismo, una corriente de hondo humanismo recorre las obras de Molière. En general, en ellas se tiende hacia un equilibrio en las relaciones humanas, donde lo correcto es que el amor fluya entre quienes se aman realmente, que se imponga la honestidad y que queden al descubierto la hipocresía, la mentira y

el interés. A pesar de sus finales algo aparatosos e inverosímiles, subsiste en sus creaciones el retrato más o menos fiel de personajes comunes y corrientes de la sociedad de su tiempo, anhelantes de una vida prudente, justa y más humana.

Juan Andrés Piña

CRONOLOGIA DE LAS OBRAS DE MOLIERE

- 1653 El atolondrado
1656 El doctor enamorado
1659 Las preciosas ridículas
1660 Sganarelle o El cornudo imaginario
1661 Don García de Navarra o El príncipe celoso La escuela de los maridos Los inoportunos
1662 La escuela de las mujeres
1663 La crítica de la escuela de las mujeres La improvisación de Versalles
1664 El matrimonio a la fuerza La princesa de Elida Tartufo
1665 Don Juan o El festín de piedra El amor médico
1666 El médico a palos El misántropo Melicerta
1667 Pastoral cómica El siciliano o El amor pintor
1668 Anfitrión Jorge Dandin o El marido burlado El avaro
1669 El señor Pourceaugnac
1670 Los amantes magníficos El burgués gentil hombre
1671 Psique Las astucias de Scapin La condesa de Escarbagnas
1672 Las mujeres sabias
1673 El enfermo imaginario

GLOSARIO DE TERMINOS TEATRALES

BROADWAY: Calle de Nueva York (EE.UU.) donde se concentran unas treinta salas del teatro norteamericano. Esta palabra se ha convertido en sinónimo de espectáculo comercial, caracterizado por costosos montajes, actores-estrellas, perfección técnica y largo tiempo de ensayo, que requieren unos montajes que muchas veces están varios años en cartelera. El teatro experimental se situó en zonas más apartadas llamadas de Off y Off-Off Broadway.

CAMELO: Cualquier tipo de equivocación (tartamudeo, alteración del orden de las palabras o de las letras, trasposición de parlamentos) que comete un actor en escena.

CANDILEJAS: Línea fija de luces que antiguamente se ubicaba en el proscenio del teatro y que constituía todo su alumbrado. Durante este siglo fue reemplazada por una iluminación múltiple desde el fondo y/ o el costado de la sala, que cae directamente sobre el escenario. A esto se le llama «iluminación dramática»: aquélla que puede crear atmósferas, destacar una acción o un

personaje, separar zonas de acción, sugerir ambientes, estados de ánimo, dar intencionalidad a lo que se está representando, etcétera

MELODRAMA: Género teatral (después también cinematográfico) caracterizado por buscar una rápida e inmediata conmoción del público por la violencia de sus situaciones y la exageración de los sentimientos. En este tipo de obras se busca que el espectador se identifique claramente con los personajes. Los sucesos muchas veces son extraordinarios y la suerte puede intervenir en su resolución. Habitualmente el protagonista logra vencer en la lucha que lleva a cabo.

MUTIS: Indicación en una obra de teatro donde se señala que el personaje debe abandonar la escena. (Hacer mutis: salir).

PICCOLO TEATRO DE MILAN: Grupo italiano creado en 1947 como teatro popular al servicio del público, que no pretende ser experimental, sino un «teatro de arte para todos». Su carácter de compañía estable le ha permitido una continuidad de trabajo y una elaboración de un amplio repertorio, que abarca desde los autores clásicos hasta los contemporáneos. Es uno de los grupos más populares de Europa.

VAUDEVILLE: Palabra de origen francés que originalmente designaba una canción callejera o de taberna. En los siglos XVII y XIX pasó a llamarse así al género musical ligero del teatro de bulevar parisino, habitualmente una comedia basada en la intriga de la historia.